MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 6. SABADO, ABRIL 18 DE 1931 Edición de 8 páginas

HISTORIA DE CABOCLO, PAPAGAYO REAL

por Raúl Gonzalez Tuñón



IERTA vez, Caboclo, el hermoso papagayo real, único en su genero, grande como dos papagayos de ojos redondos y brillantes, de multicolor plumaje, en donde los verdes, los rojos, los amarillos, los violetas, se mezclaban en una deslumbrante sinfonía de colores, me contó su historia. Hoy Caboclo ha pasado a mejor vida. Está en la inmortalidad de las vitrinas, en una colección particular.

I

"Estoy aburrido y triste en la prisión de esta jaula y lo que es peor, ya no tengo la fuerza, el coraje, la ilusión que se necesitan para emprender la peligrosa aventura de una evasión. Por otros compañeros, no ignoro que algunas de esas evasiones se han visto coronadas por el éxito; pero tratábase de pájaros pequeños, que no llaman la atención y que viven en los tejados, en las copas de los árboles y se alimentan de briznas y migajas. Y he aquí que yo arrastro la pesada responsabilidad de mi condición de papagayo; arrancado de la selva, en donde era feliz, y acostumbrado a la comida burguesa del Jardín Zoológico, pesado y triste como estoy, y con este plumaje tan llamativo, si bien muy hermoso, ¿dónde esconderme, adónde ir sin ser descubierto o apedreado por esas pequeñas bestezuelas que llaman niños?

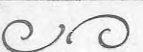
II

En la selva éramos libres y felices porque no teníamos noción del tiempo. Yo he conocido monos sabios y zorros que habían recorrido el mundo, y ninguno de ellos me habló jamás de la posibilidad de medir el tiempo. ¿Con qué derecho? ¿Qué es el tiempo? ¿Cómo puede medirse un destino desconocido como es el destino de todo? La vida sólo cambia de color. El paso del día a la noche está dispuesto para el descanso de los seres y de las cosas. Así lo entendemos los animales.

Los hombres, que son indignos de Dios puesto que han perdido lo único que tenían, que es el instinto, lo único que Dios les había dado, han hecho las semanas y los meses y los años y los siglos, y en su afán de complicarlo todo y de recordarse a cada instante la vida que pasa han creado el domingo. Durante los días comunes, poca gente se acerca hasta mi jaula para admirar mi plumaje y referirse indirectamente, y con marcada ironía, a ciertas personas. Se trata, generalmente, de gentes de paz.

Ancianos encorvados que vienen en busca de sol y de tranquilidad a los apacibles jardines, y parejas de enamorados que cuando se creen solos se besan, atisbando temerosamente el paso del guardián.

El domingo es un día terrible. Ya, de mañana, muy temprano, el cuidador viene a mi jaula y tomándome groseramente me limpia el pico y las patas y me peina el plumaje. Hay otro inconveniente: el domingo es un día fatal, pues no sólo nos dan de comer una vez a la mañana



y otra al caer la noche, sino que hasta han prohibido que nos arrojen golosinas. Durante todo el día desfila una muchedumbre curiosa e insolente frente a nosotros. Y frente a mí, sobre todo, la gente vulgar suele hacer, utilizando mi persona, comparaciones intranquilizadoras. Pero lo más intranquilizador del triste día domingo los constituyen los niños. Son iguales a los grandes, son hombres en miniatura, pero como todavía no han sufrido mayores padecimientos y humillaciones mantienen, salvaje, terrible, el sentido de la malignidad. Son ellos los que nos engañan arrojándonos carozos y otras porquerías y los que, con largas varas o bastoncitos, nos lastiman los ojos y nos hacen caer las plumas. Guardo para los niños un gran rencor y para el día domingo un profundo asco.

¡Si los hombres supieran que el entendimiento de los animales puede ser superior el entendimieno de que ellos se envanecen! Desd mi jaula del Jardín Zoológico podría dictarles un tratado de moral y de filosofía. Desde mi jaula del Jardín Zoológico, yo he visto a los amigos íntimos discutir las cuestiones más escabrosas, a las señoras de algunos aceptar miradas y sonrisas sospechosas de otros, y he visto algo, ¡ah!, algo que verdaderamente me mueve a risa y, en parte, constituye la venganza de los animales que aquí estamos padeciendo: he visto a esos hombres que a pesar del cartelito que dice, según creo: Cuidado con los ladrones, despluman — utilizando una metáfora desagradable — a los otros hombres que nos miran embobados.

Es, en verdad, mi única, aunque no muy frecuente diversión del Jardín Zoológico.

III

¿Cómo comparar este cielo desnudo y triste de Buenos Aires, frío y opaco, con el cielo del trópico de cuyo fuego nacen las cigarras cantoras, cielo violento, denso y luminoso?

Yo nací en el bosque de Ytacaramby, que da nombre a un pueblecillo rural, hacia donde convergen pequeños trenes oscuros cargados de carbón vegetal unas veces, de bananas y café, otras, y otras de queso minero que es blanco y sabroso.

A poco de nacer me independicé del nido y me di a vagar por el bosque sin hallar mayores inconvenientes. Primero descubrí el cielo, que me pareció maravilloso y me sorprendió con sus cambios, sus soles, sus nubes, sus lunas y sus lluvias y después, mis propios colores. Este verde reluciente, este amarillo oro, este violeta oscuro, este rojo sangre, que son mi legítimo orgullo. Después descubrí los sonidos. Fué al principio un sentimiento confuso. Luego los fuí precisando, uno a uno. El sonido del agua al deslizarse entre las piedrecillas del arroyo, el sonido del viento entre las ramas de los árboles, el rugido estrangulado de los pumas que rondan por el bosque, la canción de los pequeños pájaros, sus gorjeos mañaneros, el himno monótono de la cigarra. He conocido, a propósito, algunas cigarras cuyo destino no me explicaré nunca. Se pasan días y días adheridas a los altos árboles, cantando continuamente — pienso en algo así como un barreno horadando la madera — y luego estallan, abandonan el caparazón y desaparecen sin que yo nunca haya podido adivinar adónde van.

Al descubrir la luz, los colores y los sonidos, yo era definitivamente feliz. Me pasaba las horas buscando semillas de mirasol y hierbas saludables, escuchando cantar a los pájaros de garganta privilegiada, aunque inferiores a mí, en calidad de plumaje, y realizando largos paseos por el bosque. Largos paseos, tan largos que a veces llegaba hasta los claros de la frontera con el pueblo, si bien el pueblo quedaba lejos, lejos, metido entre agua y tierra colorada. Mis hermanos —¿qué será de mis hermanos?— solían reprocharme ese afán de aventura y me ponían al tanto de los peligros que corría. Esos peligros no tenían relación alguna con otros animales. ¿Qué son los monos sino unos seres cobardes que se parecen al hombre? En cuanto a los pumas y otras bestias llamadas feroces no se metían jamás con nosotros, puesto que sólo son enemigas del hombre; además, era fácil sortearlas subiendo a la rama más alta de un árbol.

IV

En cierta época del año los negros que terminaban sus faenas en los alrededores de Itacaramby, que queda en el estado de Minas Geraes, venían a instalarse al bosque, con amplios pajizos, trajes de colores chillones e instrumentos musicales. Se trata de gente inofensiva. El negro es un ser simple que viviría siempre cantando y bailando en medio de las selvas. Al negro le pasa lo que a nosotros. El hombre blanco lo ha sacado de su ambiente natural y lo ha perdido. Era lindo escuchar a los negritos candomberos de Ytacaramby en las vacaciones de la selva. Parece que llamaban la atención porque en varias ocasiones pudimo ver a hombres blancos que venían en grandes automóviles a sacar fotografías, repartir monedas y comida y pedir que cantaran y bailaran.

Nosotros preferíamos que los blancos no vinieran porque corríamos peligro. Traían armas y algunos de los nuestros cayeron, muertos o vivos, en sus manos.

En los calveros de la selva, al resplandor de las hogueras, en la noche, o si no bajo el sol ardiente del trópico, los negros y sus mujeres y sus niños danzaban al son de una música triste producida por instrumentos raros, como son los "chocalhos", que son unos tubos de lata con arenilla adentro, y sordos tambores y otros aparatos de percusión. La selva se llenaba de esa música triste que siempre parecía decir:

Maracatú...
Maracatú...
Maracatú...

Había algo de desesperación, de destino perdido, de paraíso perdido en esa lamentación feroz de los negros que a veces rompíase en carcajadas terribles, estrepitosas y sincopadas. Era un hipo trágico el Maracatú... Maracatú... Maracatú... Las negras más viejas y gordas caían rendidas al pie de las hogueras, pero el jefe las obligaba a seguir danzando. Y danzaban como si quisieran espantar al demonio, sacarse al demonio del cuerpo... El demonio no era otra cosa que la vida que les esperaba allá abajo, en las ciudades de los hombres blancos que los habían arrancado de la selva, como arbustos humanos.

V

Otra encantadora diversión eran para mí los enanitos del bosque. El hombre, en su absurdo materialismo, ignora que existen seres que él no puede ver y nosotros sí; seres sutiles, superiores, estilizados, almas del mar y de la selva, de la montaña y de la tierra. Seres que viven bajo el mar o en las entrañas de la tierra y han llegado a un grado superior de espiritualidad. Podrían llamarse gnomos, duendes, hadas, trasgos, fantasmas o como quieran, pero yo los llamaba Enanitos del Bosque. Con sus barbas blancas en las que una perla daba de noche una luz azul, y sus ojillos de vidrio renegrido y sus pies de seda, ligeros y ágiles, y sus manos enguantadas de raso oscuro, yo he visto al Enanito Salmón, al Enanito Violeta, al Enanito Lila, al Enanito Celeste, y he conocido toda una tribu perfectamente organizada para el bien, para el arte, para la danza, para la fiesta de los Calveros, que comenzaba con la noche y terminaba con el alba, cuando los Enanitos del Bosque se retiraban a sus habitaciones interiores.

Por causa de mi vano orgullo — un orgullo que siento todavía — perdí mi amistad con los Excelentes y Honrados Enanitos del Bosque de Ytacaramby.

Pero yo recordaré siempre a los Excelentes y Honrados Enanitos del Bosque de Ytacaramby, aunque, y si bien por culpa mia ellos decretaron mi perdición.

Yo estaba invitado, como todos los habitantes del Bosque, a la fiesta de los Calveros. Cigarras, urracas, conejos, gusanos, cotorras, loros, monos, mariposas, pajarillos, todos los animales relacionados con los Enanitos concurrían a las fiestas nocturnas. En una de esas noches los enanitos descubrieron mi vanidad. Me hallaba al lado de un sucio gorrión vagabundo, apóstata del bosque y arrojado de las ciudades, que había llegado hambriento a la fiesta. Como rozó sin querer mi brillante plumaje le dije:

—Apártate, atrevido, que éste es mi único traje y es hermoso, y tú eres un vulgar gorrión trotamundos y apóstata.

El Enanito Salmón, que estaba a mi lado, escuchó mis palabras y luego de consultar al Enanito Violeta tocó al gorrión en el pico con una varilla de oro. El gorrión cantó entonces bajo la luz de la luna y su canto atrajo a todo el mundo, que lo admiró con verdadera devoción e incontenible entusiasmo, al finalizar. Fué cuando el Enanito Salmón se acercó y me dijo:

—Canta tú ahora.

—Yo no sé cantar — le contesté.

—No sabes cantar, y eres orgulloso. Tu orgullo se funda en un simple traje de plumas de colores. No puedes volver a nuestras fiestas.

Alicaído, me alejé del Calvero, y seguido por las burlas, me perdí en el bosque.

VI

Derrotado, extraño en mi medio, me ví obligado a menudear las andanzas, las idas y venidas, a la laguna Diamante, a las cercanías del pueblo, y muchas veces, a la Cabaña, que quedaba entre el bosque y el pueblo. La Cabaña me atraía. La laguna Diamante también. En ésta solía pasarme las horas de charla con Martín Pescador, buen amigo, generoso y sabihondo. En aquélla solía ver, desde lo alto de una palmera gigante, a una niña de cabellos tan rubios, a una niña tan breve y blanca que parecía hija de un rayo de sol.

Un día, me dijo Martín Pescador:

—No te acerques mucho a la Cabaña. La habita un viejo buscador de oro, con su hija. Se trata de una hermosa niña y de un hombre brutal, que vive de la caza y de la pesca. Guardo un profundo rencor al cabañero, pues cierta vez, hallándome entretenido mirando la corriente para descubrir algún pececillo, sentí que una bala de su máuser pasaba rozándome. Fué un agudo silbido que aún tengo grabado. Disparé a tiempo, antes de caer muerto. Pocos días después volví a ver al cabañero que pasaba por la otra orilla llevando dos conejos muertos que asomaban en el saco, sus rígidas orejas.

—Para mí — le dije a Martín Pescador — es un motivo de regocijo ver a la niña de los cabellos rubios, que parece hija de un rayo de sol.

Y desoyendo los sanos consejos de mi amigo, continué las visitas a la cabaña. Cuando fuí acostumbrándome y perdiendo todo temor, pude descubrir algo que llamó poderosamente mi atención: un corral repleto de animalitos domésticos, en la parte posterior de la cabaña, en donde hallé viejos conocidos del bosque al lado de bicharracos que resultaron una novedad para mí. Gallinas, palomas, chanchitos de hocicos sucios y siempre gruñendo sobre la suciedad; un pavo real, como los que abundan tanto en este Jardín e innumerable cantidad de polluelos. Me parecieron felices todos. Admiré esa vida y envidié esa suerte. Todas las mañanas, los Animalitos Domésticos recibían una visita encantadora: la hija del sol abría con sus blancas manos la puerta del corral y volcaba un delantal lleno de semillas, granos de trigo y de maíz; luego volvía con trozos de carne y escudillas de guisantes y choclos enteros. Todos, gallinas, polluelos, palomas, conejos, patos y cerdos, saltaban bulliciosamente alrededor de la niña.

Y pensé: He aquí la verdadera vida, la vida que yo he soñado.

VII

Pocos días después, díjome Martín Pescador:

—Dios nos ha puesto sobre la tierra para que vivamos de acuerdo con nuestra naturaleza. Para nosotros debe ser la vida salvaje y libre; en manos de los hombres perdemos nuestra personalidad; prefiero la muerte a adaptarme a la vida del corral de los Animalitos Domésticos.

Volví a desoirlo, y hallándome un día sobre el alambrado del corral sentí que una mano de hierro me rodeaba el cuello. Atiné a hacer un esfuerzo desesperado para huir, pero fué en vano. El cabañero corrió en busca de su hija, mientras yo graznaba.

—¡Mirta, Mirta! — gritó — ¡aquí tenemos, al fin, al papagayo real!

—¡Oh, qué lindo, qué grande; pronto, cortale las alas y le enseñaremos a hablar!

—Le ataremos a una patita un pedazo de plomo y no se nos escapará.

Minutos después el cabañero había improvisado una alcándara y me depositó sobre ella. Yo estaba perplejo, asustado, pero conmovido ante la nueva vida que me esperaba. La hija del cabañero no cesaba de dar gritos de júbilo contemplando mi plumaje y acariciándome amorosamente:

—Tiene dos ojos que parecen de vidrio, tiene dos alas grandes y bellas, tiene todos los colores del arco iris, tiene los siete colores, que rojo, que amarillo, que verde, que violeta, tiene un pico feo pero pronto aprenderá a hablar. ¡Caboclo! ¿Cómo lo llamaremos? ¡Caboclo! Le diremos Caboclo porque no es de Ytacaramby, sino del Norte, si, estoy segura que viene del Norte, donde hay árboles gigantes y ríos grandísimos y frutas de tamaño fantástico y hombres que llevan trajes chillones como su plumaje.

—¡Caboclo! Repite conmigo —decía constantemente la niña—. ¡Es temprano! ¡Buen día papá! Mirta, Mirta, Mirta... ¡Hola, mi viejo! Estoy cosiendo. El pescado está rico... Y otras frases absurdas que al principio me divirtieron y luego terminaron por intranquilizarme. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Yo no podía hablar. Yo no podría hablar nunca como hablaba Mirta, la hija del sol.

Los sonidos se estrangulaban en mi garganta. Y pasó un día y pasó otro día y yo en mi alcándara y la niña trayéndome



garbanzos guisados y semillas y rogándome que hablara... ¡Cómo iba a hablar! Ella no me comprendía y eso era terrible. ¿Qué sería de mí, pobre papagayo fracasado?

Recordé a mi amigo Martín Pescador. Oía su voz:

—Dios nos ha puesto sobre la tierra para que vivamos de acuerdo a nuestra naturaleza... Prefiero la muerte, a adaptarme a la vida del corral de los Animalitos Domésticos...

VIII

El cabañero comenzaba a regañarme seriamente y no sólo de palabra sino de hecho. Mirta empezó a enflaquecer y a quejarse, por aquel tiempo. Estaba pálida y triste y su padre nervioso y preocupado. Cuando la niña, desde su camita, extendía sus brazos a mi alcándara, exclamando:

—¡Habla, habla, Caboclo! Dime algo... Buen día papá, estoy cosiendo, hace sol, que rico el pescado, papito, papito, — el padre decía mirándome con desprecio:

Bah, es un simple papagayo, no tiene más que las plumas, jamás dirá una palabra porque no es un bicho inteligente. Cuando vaya al pueblo te traeré una cotorra y una muñeca que dice papá y mamá y una madrecita que te cuidará...

La niña se echaba a llorar desconsolada. El padre trajo a la habitación a un patito, a un chanchito, a un conejito, para que la entretuvieran, pero ella seguía reclamándome. ¡Y yo no podía hablar! Era horrible. Sentía que Mirta, poco a poco, se iba apagando en su camita, como un angelito.

Cuando el padre se vió obligado a salir para entregarse a sus quehaceres, la niña lo despedía llorando. El cerraba la puerta cuidadosamente y desde afuera gritaba:



—No tengas miedo, pronto volveré.

Mirta deliraba en su camita, repitiendo palabras de su padre, hablando de animales, recordando frases de libros de colegio, unos libros grandotes, con imágenes, que estaban siempre sobre su cama. Y me nombraba continuamente.



—Viene doña Urraca... El sapito, glu-glu... La rana salta... Caboclo, Caboclo, díme algo... Buen día, papá... ¡Fuego! ¡Fuego! ¡La casa se quema! ¡Vienen los bomberos! Tío Julio vuelve con la bolsa... El coche parte. ¡Adiós!... Caboclo, Caboclo, dime algo... Papá, papá...

Un día, se quedó muerta. El padre había salido. Yo estaba en mi alcándara aburrido y triste. Por la ventana entraba el sol con los ruidos del bosque. Era un rayo de sol, que proyectaba en la colcha de la cama, un círculo de oro. Por la ventana entraba el aire con los perfumes del bosque. Por la ventana entraba el olor de la tierra y el olor del agua. Por la ventana entraba la felicidad de vivir. Y yo estaba atado a mi alcándara. Y Mirta, silenciosa bajo las sábanas, con la cabecita rubia caída a un costado, en la almohada, como si durmiera. Yo sabía que estaba muerta, muerta. Porque yo, antiguo habitante de la selva, hijo de la selva, había oído esa misma tarde las voces del Bosque. Y las voces del Bosque decían:

—Ha muerto una niña virgen y nosotros sabemos su nombre.

IX

El padre se la llevó al otro día, envuelta en flores. No supe más de ella. Al anochecer, retornó el pobre hombre y se echó a dormir. Al amanecer, cuando la luz estaba todavía lejos, hizo un lío de ropas y poniéndome sobre su hombro abandonó la cabaña. Caminó mucho trecho, deteniéndose a beber en un arroyo. Desde ese día comenzó para mí una vida extraña, desconocida. Atravesamos pueblos y ríos y montañas y selvas. El cabañero se unió a otros hombres que buscaban oro.

Eran gente brutal, amiga de beber y de pelear. En sus pechos desnudos exhibían curiosos tatuajes: pescados, fechas, águilas, nombres de mujeres, de tabernas y de países, barcos y pájaros. Venían quién sabe de dónde, hablaban todos en distintos idiomas y muchos de ellos quedaron en el camino con el corazón atravesado por una bala. Comprendí, de pronto, la maldad, la vanidad, la ambición mezquina que preside la vida de los hombres, pobres animales, al fin

(Continúa en la página 7)

ELEGIA DEL PARQUE JAPONES

POR CESAR TIEMPO

Especial para CRITICA)

Ahora que tus días están contados
y tienes que despedirte de la tierra que te vió brotar
y de nosotros los que te quisimos y no hemos dejado de quererte,
apareces revestido de una pura gracia infantil,
dulce y menuda como esas torres de crema y azúcar
que resplandecían en las antiguas fiestas nupciales
con una pareja de porcelana en la cúspide.

Te veo como la dicha que se sueña
— que es verdadera mientras no se realiza —
como la del ladrón que premedita el asalto
y escalona planes y tretas voluptuosamente,
o la del que espera con alegre impaciencia
la revelación de una sonrisa demasiado dócil,
hasta que la áspera realidad desbarata de un manotón
el castillo de naipes que levantó su anhelo.

He traspuesto mi adolescencia
como quien pasa un puente sobre un arroyo de aguas soñolientas.

Todavía soy el mismo niño deslumbrado.

Contemplo las oleografías que escoltan los portones,
paisajes opacos junto a las ventanillas
que nos ayudan a izar las cortinas que ocultan el milagro.
Río aun sobre "las olas" con la misma risa diáfana de entonces,
zozobro en "el látigo" y "el canal".
y adopto un aire heroico de filibustero
— mientras mi corazón embriagado palpita como un despertador —
cuando, pasajero del tren vertiginoso
atravieso la montaña rusa color piel de elefante
como si atravesara los círculos ígneos de la gehena

Contemplo en ti mi ayer de vivos colores.
Sólo los fatigados sueños denuncian otro semblante.

Cuando tenía diez años amaba a una hermosa criatura
que cantaba dulces canciones para consolarme de su infidelidad;
se llamaba Elena Clayton, quería a Justino Clarel
y vivía en las páginas de "La mano que aprieta".
Ahora quiero a la misma muchacha
que entreví en mi niñez a través de una azulada bruma:
vive en una lejana calle polvorienta,
tiene la misma sonrisa y el mismo nombre de aquélla,
pero Justino Clarel ya no existe, ni a su recuerdo temo,
y ella no canta dulces canciones para disipar mi congoja...

Porque veo espejado en ellos mi pasado pueril
mis mejores amigos son los pibes
que saben mirar la vida como una fiesta
a la que se debe asistir con las manos y las rodillas limpias
y aprovechar los descuidos de mamá
para deslizarse bajo la mesa,
desatar los zapatos del tío bonachón
y tironear de las polleras a las primas.
Asumir un gesto juicioso delante las visitas,
recitar "El nido de cóndores" sin inmutarse
y revisar oportunamente las alacenas
con travieso entusiasmo.

¡Santa sabiduría
la de mirar la vida con ojos inocentes!
Yo también tuve un gran moño azul,
un guardapolvo blanco
y una honda certera para trizar cristales.

Un día primaveral fuimos a visitarte
dos o tres grados; incendiaban la calle
nuestros gritos y entramos en tu reino celeste
boquiabiertos y ansiosos frente a tal maravilla.
Tuvimos que hacer una composición:
cuando leí la mía
quisieron echarme de la escuela
porque había escrito que "el Parque Japonés"
tiene una montaña y un río
y es una ciudad que no figura
en la geografía "La Tierra" de los H. E. C.
y de todas las diversiones la que nos había impresionado más
fué ver en el "looping the loop"
al maestro de "primero atrasado"
besando a la 'señorita de cuarto".

La vida seguía siendo bella hasta que Dios se durmió
y alguien ocupó su inaccesible sitial
para poner en actividad la fábrica de rayos
que fulminó con su fuego que no perdona
a la montaña color piel de elefante.
Entonces apareció un cartel de letras enlutadas:
"En lugar del tren y el canal
los boletos valen para "el whip".
Y éste fué el principio del fin.

Sobre tus ruinas se levantará una plaza
y nadie podrá pasear por sus enarenadas sendas,
amar en su penumbra o jugar y cantar en sus jardines,
sin sentirse cohibido y perplejo
como si paseara, amara, jugara o cantara
sobre la tumba de un muerto querido.

Ilustró Guevara


ACALLA LA TOS
Preparado por las Grandes Fábricas
y Laboratorios Farmacéuticos
Argentinos de la
Droguería de la Estrella Limitada
Rivadavia 1501, esq. Paraná
EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
PASTILLAS PECTORALES
GOTAS DE ORO

El Genio de los Manso





Procura legar a tus hijos más sabiduría que tesoros; pues el oro de los ignorantes vale menos que la esperanza de los instruídos.
Epicteto

ON Odilón Manso se aburría. De él se afirmaba en Chorrillos, — pueblo donde residiera tanto tiempo — que nació aburrido. Tan proverbial era su molicie que, como quien dice: "nació tullido", o "nació tartamudo", en el pueblo se decía de don Odilón: "nació aburrido". Y cuando un concepto es aceptado por la totalidad de los habitantes de un pueblo, ya se sabe que no hay otro remedio que creer que es lo exacto y repetirse con nuestro propio personaje con sorna no exenta de cierto misticismo:

—Yo no creo en brujas, pero, de que las hay, ¡las hay!...

Esa tarde de primavera las chacras y las quintas que se escalonan a lo largo de la calle de la casa de los Manso, eran una maravilla de color. Don Odilón pidió a su mujer le trajera el sillón de anea al corredor. Cuando estaba más aburrido que de costumbre caía en reflexiones, sin preocuparse un comino de cuanto a su alrededor ocurría o dejaba de ocurrir. Y esa era una de sus tardes de mayor tedio. Arrepantigándose cuán largo era; sus flacas piernas extendidas, los brazos caídos en un abandono sensual, la vista más allá de unas nubecillas que empañaban la vibrante porcelana del cielo, dió en reflexionar sobre su vida, desteñida al igual que esos disfraces que han pasado por la despiadada palmeta de la lavandera. Y como era simple de toda simpleza, su vida apenas era notable. Por su carencia de ambiciones poco necesitaba para ser feliz. Sólo una pasión le obsesiona: el canto Cuando al pueblo caía una compañía de morondanga, con cantantes famélicos que berreaban óperas mutiladas, Odilón era otro hombre, capaz de realizar las posibilidades que en su espíritu dormían acunadas por su aburrimiento sempiterno, y odiaba con Otelo en una encarnación ridícula o sufría con Rodolfo absurdo, adiposo y de voz cascada.

En el tenducho que era el tinglado pueblerino se rodeaba de lo más granado de la sociedad chorrillense y explicaba los pasajes de las óperas que él viera desde el paraíso de la vieja Opera, cuando en Buenos Aires hubo de estudiar medicina, ¡claro está! antes de ser el "langostero" que hoy se aburría en la paz campesina sin langostas.

Tres años hacía que había formado su hogar, un poco tardíamente por cierto, y dos que su mujer, en un arranque de sentimentalismo o conmiseración, habíase hecho cargo de la crianza de una mujercita, contrariando la voluntad de su marido, cuando ciertas novedades de suma trascendencia vinieron a poner actividad en el hogar demasiado tranquilo. Y era que en trance de que doña Estefanía, su mujer, le hiciera padre de su primer hijo, su nerviosidad era tal que el despliegue de actividades fuera de su hábito asombraba justificadamente al pueblo. Así se le veía, como sonámbulo, paseando bajo el emparrado, repitiendo en voz alta sin quererlos "varón; será indiscutiblemente un varón...".

Apoyaba su creencia en la predestinación, en ciertas consultas a los "Almanaques de los sueños" que regalaban en la botica de don Matías, en algunas referencias astrológicas relatadas por comadres versadas y en un sinnúmero de agüeros. De toda esta triaca: dezazones y esperanzas, vivía el buen don Odilón en esas vísperas memorables.

El día ansiado llegó al fin, y antes que nadie supiera nada en Chorrillos, las solteronas de Quirós se impusieron de la noticia por haber divisado desde el balcón de la sala al impaciente marido que en ir y venir de lanzadera, gritaba más que decía: "¡Varón ha sido; yo la había previsto!"

El caso es que cuando el muchacho articuló los primeros vagidos, Odilón, emocionado y tembloroso, decía contemplando aquel montoncito de carne que se agitaba en contorsiones de músico de jazz, a su mujer que ni lo atendía:

—¡Tenor, Estefanía! Tenor será este hijo nuestro...

Y después de una pausa y sin dejar de mirar a su hijo, concluyó:

—¿No ves en su cara todos los rasgos del genio?

Estefanía, mujer al fin, opuso por esa inclinación femenina de contrariar, aun en los lindes de lo desconocido, al hombre, los reparos:

—Músico, Odilón... También tengo entendido que hay genios musicales...

En ciertos casos hay que aceptar las objeciones, aun cuando haya un propósito inquebrantable de no variar una resolución hecha. Ese era el caso del marido frente a la parturienta. Por otra parte no cabía en su cabeza la idea de ver a su hijo convertido en un espasmo melenudo, — que así llamaba a los músicos con la translación de aquel amigo y tertuliano que "cometía literatura" y que murió tuberculoso.

Puesto en discusión con su mujer bien pronto se opinó sobre el nombre que debían ponerle.

—Se llamará Tamagno...

—No... Se llamará como debe llamarse: Odilón.

El marido hubo de ceder una vez más:

—Bueno; me había olvidado...

Cuando doña Estefanía abandonó el lecho, las discusiones menuderon acerca del destino de Odiloncito, lo cual significaba apartarse totalmente del cuidado de la Peloso que, pequeñita y todo, debía componérselas a la que te criaste. Al fin y a la postre ella era una "agregada". Ese día reanudaron sus disputas acerca del porvenir. Fué doña Estefanía la que comenzó la plática que hubo de cortar su marido en esta forma:

—Yo creo que lo más atinado es criarlo primero...

—Te prohibo que te metas en mis cosas... Eso corre por mi cuenta y puedes hacer de modo que ya le tienes hecho un hombre...

—Exageras, mujer...

—¡Callate, tú! Lo único que sabes es encontrar peros a las cosas...

—Y suspirando con satisfacción, agregó aturdida:

—Si ya lo veo un concertista de fama, un militar, un político, un hombre envidiado... ¡un genio como tú quieres!

—Tenor, Estefanía... No olvides que las estaba cantadas, a la postre son como fiestas... Y tras el prestigio traen provecho...

Odiloncito, ajeno a las discusiones trascendentales que a diario renovaban los esposos: el marido aplastado en su sillón bajo la solera; la mujer trabajando siempre, seguía en su cuna: un cajón de kerosene con ruedas, prodigio de carpintería en el que se esmeró don Odilón, tanto como su holgazanería se lo permitiera.

Los días se sucedieron sin que esa situación se modificara, Odilón sentado pantallándose por el calor y el aburrimiento, espatarrancado, discutía y cedía al final a la voluntad de su mujer que resoplaba cumpliendo en plena siesta con los menesteres domésticos, mientras la criatura, al andar los días, había iluminado sus ojillos y agitando sus manitas sonreía desde el fondo del cajón a sus padres, sin chillar como lo hacen la mayoría de las criaturas, a las caricias y mimos en los que rivalizaba con deportivo tesón aquel matrimonio celoso del porvenir del chico. A esa altura de la vida, los Manso habían conseguido que el hijo les evitara las rencillas diarias, porque no hay nada más molesto que un marido holgazán que no deje en paz a su mujer en la casa. Esto ya era mucho...

* * *

DESDE la espadaña de la capilla del pueblo caen las siete gotas cantarinas de la campaña familiar dando la hora y sus sones quedan flotando en la serena paz crepuscular rayada por algún relincho o quebrada de ladridos. Los tertulianos ya andan camino de la botica. Don Dimas, el comisario, es el más puntual, y se explica si se tiene en cuenta que el trayecto de la comisaría que está frente a la plaza oscurecida por el follaje de las casuarinas, lo salva en pocas zancadas para evitar el polvo que se acolchona en las calles de altas huellas polvorosas. A las siete en punto, en la vereda de lo de don Matías, con la fusta, sacude el polvo de sus polainas, hasta que lo apercibe el boticario que al punto abandona el mostrador donde mata el tiempo atrapando moscas con papeles engomados, y lo recibe con las noticias trabucadas en esta forma:

—Buenas perspectivas, don Dimas. El gobierno ha resuelto solucionar la crisis ganadera acordando plazos prudenciales a los deudores bancarios... Además, he leído las últimas novedades que se refieren a los empleados cesantes...

Don Dimas esgarra con estrépito y para evitar el caudaloso parlar de su amigo, interrumpe:

—Por partes, amigo Matías; vamos por partes...

Y don Matías, calando sus gafas forradas con hilo descolorido de ancianidad, intercede:

—Las noticias de importancia no admiten rodeos, don Dimas, de suerte que es mejor comentarlas de una vez por todas...

Por la acera sobre la que se derrumba el cercado cuajado de mosquetas y campanillas, vienen resonando los pasos desiguales y golgados del procurador Moncada, cuyo abdomen se bate como la panza de los vacunos al trotar. Moncada es riojano y larga su fama de cucañista. Al llegar al vano del portal de la botica, susurrará con palabras cantadas su saludo ritual:

—¡Salud y R. S.! — y sin más trámites penetra directamente para tomar ubicación en la hamaca de mimbre que, al recoger el peso de su cuerpo, cruje con un ruidaje estrepitoso:

—¡Ahhhh! El suspiro de Moncada adquiere los contornos de un vendaval que agita las hojas del almanaque donde los días, marcados en enormes cifras negras, parecen desfallecer de pereza y de aburrimiento...

Cuando la conversación empieza a desmenuzar el comentario que a esta buena gente le sugieren los editoriales de los diarios "serios", — porque los diarios serios dan oportunidad a los filósofos y polemistas de todos nuestros pueblos interiores para dotarse de ideas y argumentos de "última ratio" — hace irrupción en el portal, don Odilón, haciendo gorgoritos con voz de comparsa jubilado y sosteniendo un ademán gentil como lo hacían sus caros tenores al

Jacinto A. Figuerero

final de una romanza:

—¡Si puó!... ¡Si puóóó, signori!

Es un Odilón obeso, menos pachorriento, que por este tiempo tiene el orgullo de tener un hijo que pronto marchará a conquistar el porvenir. Por este mismo tiempo ha ganado una consideración respetuosa: le dicen don.

Penetra quitándose el sombrero en la forma mosqueteril y al avanzar con aplomo, aunque con cierta pereza hasta el concurso de personajes pueblerinos de que él es uno de los miembros destacados, lo hace con el convencimiento de que sus opiniones influirán en la discusión que ya está en su apogeo. Sus andanzas de "salto y carta", como él mismo dice, sus cuentos de tono subido, su tiempo de mal estudiante, en fin, toda la vida de anécdotas de "hombre corrido", no son suficientes para afirmar un concepto más valedero que el que deducía su situación de "langostero". El es un empleado del Estado y sabe que junto con el interés que su presencia determina, va con él, como complemente de su personalidad la majestad del funcionario recto. A los veinte años de estar en Chorrillos si no consiguió ascensos por lo menos le queda la satisfacción de saberse respetable.

Moncada fumando su "chala" que desde Chilecito, puntual y diligente le enviaba una hermana beata, advertido por esa perspicacia instintiva tan suya, que le había valido el mote de "rastreador de almas" con que le obsequiara don Matías, cortó el puntilloso divagar del boticario, con estas alusiones dichas evidentemente para don Odilón:

—Me han dicho que pronto tendremos un abogado por estos pagos...

Y sin darle importancia a lo que acababa de decir, estiróse en el sillón que gimió nuevamente, dando una gran bocanada de su cigarro, tal como cuando se aludía a su fama de bagrero que fincaba en hechos de menor cuantía: el escándalo que produjo su mujer al pillarlo en palique con una cocinera; los "ojitos que le hacía" la dama ecuestre del circo que estuvo para Navidad y... la fama que su propia mujer le granjeaba cuando por simples sospechas armaba escándalos de grandes proporciones...

Don Dimas fué el que cortó la pausa, como autoridad que era del lugar, con visible sorpresa, acaso por habérsele ocultado dicha novedad:

—¿Y de dónde viene ese mocito?

Pero don Odilón que no se andaba tan lerdo en interpretar la indirecta cortó de improviso la expectación de sus interlocutores, dirigiéndole a Moncada con ironía, esta evasiva:

—¡La pucha, que se anda noticiando rápido! — y tamborileando sus rodillas pudo pensar con la misma rapidez con que movía los dedos. Los tertulianos sólo advirtieron cómo su rostro se iluminaba con ese gesto de satisfacción que le hacía torcer cómicamente los labios, y en una pausa vehemente, esperaban que don Odilón aclarara las medias palabras. Pero él pensaba tan vertiginosamente como tamborileaba y entre reflexión y reflexión vino a confirmar ciertas sospechas por las cuales la Peloso, su criada, andaría en andanzas pecaminosas con el "cerdo" de Moncada, que era lo que se le antojaba pensar del procurador.

Y no de otra manera podía ser, porque don Odilón pensaba y lo hacía bien, de que en la disputa agria y violenta que sostuviera con su mujer acerca del porvenir de su hijo, el único testigo de cuanto ocurriera en la alcoba era la propia Peloso. Lo demás estaba claro: el "cerdo habíase encontrado con ella por la noche tal vez...". Estaba demasiado claro... Más que todo eso le dolía que ese mastodonte supiera que él, don Odilón Manso, tuvo que hacer honor a su apellido, cediendo ante la voluntad materna que quería hacer de su hijo un abogado.

Moncada no valoré nunca el alcance de la pulla; por eso ahora, aunque con fingido aplomo, callaba y fumaba, fumaba. Don Matías fué el que rompió el silencio, diciendo en tono de chanza:

—¡Con que nos guardas una sorpresa, Odilón!

En ese momento acaeció lo imprevisto. La sirvienta de los Moncada salvaba la puerta de calle mirando de hito en hito a los circunstantes. Iba a comprar aspirinas para la mujer del procurador, pues por las tardes era presa de fuertes jaquecas y al crepúsculo recurría a ese medicamento, como en las siestas a las grandes hojas de tártago que contenía con un pañuelo de batista colocado en forma de vincha. Don Matías sonrió; don Dimas cruzó una mirada de inteligencia con Moncada; don Odilón fué el que con visible contento y con cierta malicia, preguntó a la chinita:

—¿Es mucho el dolor de cabeza de tu patrona?

—Así é siñor...

Y consultando su reloj, sin darle importancia a la chinita que salía, fulminó al procurador con la indirecta:

—Dolor matemático de cabeza tiene tu mujer, Moncada... Te queda media hora de tertulia...

Y pensó que al fulminar al procurador, él no era tan despreciable en medio de todo.

Engolado respondió Moncada, con visible contrariedad:

—Has venido ocurrente hoy... — y tiró una gran bocanada.

Don Matías y don Dimas sabían bien que la muchacha iba a esa hora pretextando esa compra para verificar si Moncada estaba en la botica. Porque tampoco ignoraban los del grupo, como lo sabía todo el pueblo, que "Moncada es un pan de Dios, pero... le gustan muy mucho las mujeres", al decir de doña Petra; cincuenta años de edad, una bordelesa de carne fofa y murmuradora más que una acequia: tal la mujer del procurador Sandalio Moncada.

Don Dimas estaba nervioso. Influía en su estado la curiosidad por saber a qué se refería la alusión del procurador correspondida en forma explosiva por don Odilón. Por eso fué que preguntó sin rodeos:

—¿Y quién es el abogado que tendremos por Chorrillos?

Hubo un silencio. Luego de mirar uno a uno a los tertulianos, insistió don Dimas:

—¿Están mudos?

Don Odilón y Moncada cruzaron una mirada que en el fondo era toda una súplica y un reproche. Al cabo fué don Odilón el que se dispuso a aclarar la simpleza, y dijo:

—Nada, amigo Dimas... o mejor dicho... — Ya más recuperado prosiguió:

—Que mi muchacho acaba de recibirse de bachiller en Concepción del Uruguay y que su madre se empeña en que sea abogado...

—¿Abogado?

—¿Y el tenor en qué ha quedado?

—¡Vaya uno a saber! El destino tiene cosas verdaderamente indescifrables... Una congoja que se materializó en un suspiro, alivió su pobre corazón. Todavía pudo explicarse:

—Lo que puedo asegurarles es que el muchacho es de la pasta de los grandes genios...

No pudo proseguir don Odilón porque don Matías y el comisario, así que oyeron de sus labios la buena nueva, lo llenaron de agasajos.

Tras un crepúsculo baldío la campanita frailera dió un toque fatigado. Eran las ocho y media. Uno a uno comenzaron a desbandarse los viejos tertulianos, forzados más que por cualquier exigencia, por la costumbre, que en estos pueblos de provincia, es la verdadera disciplina dominadora de voluntades y caracteres. Por la acera de la cerca florecida iba don Odilón en pos de su sombra, alargada a medida que el foco se alejaba. Iba con una desazón tan enorme como su derrota, al pensar que los sueños de veinte años, que eran los sueños de toda su vida, se veían desvanecidos por el empecinamiento de su mujer que malograba la notoriedad de su apellido al hacer de su hijo un abogado, un simple y miserable pica-pleitos...

* * *

ESAS vacaciones Odiloncito acaparaba todas las gentilezas de los espectables chorrillenses y en su homenaje ciertas familias como la de Rivera, el director de la escuela nacional, habían quebrantado la costumbre que siempre los aisló del resto de los habitantes, haciendo que Tita y Cata, dos pimpollos más que apetecibles de la sociedad pueblerina, concurrieran a la plaza al amparo de las casuarinas que cantaban cuando el pampero barría la tierra de las calles, acompañándose del mozo.

Había convulsionado a las muchachas el hecho de que "El Litoral", diarucho local, acogiera dos sonetos amatorios y una loa a la paz provinciana que le ganaron cierta consideración de prestigio. Ese bagaje le permitió convivir con los chorrillenses con el vuelo de los intelectuales de nota. Odiloncito no hizo nada por apuntalar ese concepto puesto que era de natural reconcentrado y tímido. La educación hogareña había hecho mucho en la conformación de su carácter y la preeminencia de los deseos de la madre le llevaron por la senda de la suavidad, de la conformidad, de la regalía. Así fué que por su carácter apocado sus condiscípulos, los pocos que le trataron, más sin esa intimidad que es la alegría de los años futuros, convenían en que Odiloncito era un "mariquita" por sus modales, por la modulación sedosa de su voz, por su retraimiento, por lo acicalado de su vestido.

Escasamente habían transcurrido dos semanas desde que el muchacho disfrutaba de sus vacaciones, cuando no sin sorpresa, las chicas de Rivera le vieron alejarse de su trato sin explicarse las causas.

En el seno de su hogar, para la madre todo era poco para agasajarle y así fué cómo en el término de esos días ya se había reintegrado a sus hábitos hogareños, que hacían de él un gato regalón. Doña Estefanía ganaba con atenciones la voluntad del muchacho e insensiblemente lo iba substrayendo a toda solicitación que no fuera previamente por ella consentida. Así el muchacho forjó su carácter jesuita y su ánimo flaco y entregadizo. Bien que a esto se agregaba la candorosa y solícita atención de la Peloso para con él, al punto de ir ganando su confianza y, ¿quién lo sabía?, su cariño... Eso se murmuraba al cabo de esas dos semanas, por el hecho bien remarcable por cierto, de que ni en la plaza, ni en el hotel, ni en parte alguna se le veían, como no fuera sentado junto con su madre y la Peloso, en la vereda de su casa.

Don Odilón, en cambio, se refugiaba en la tertulia de la botica o en los "tuttes" del hotel, donde encontraba conforto al desamor con que su hijo destruía tanto sueño...

Así corrían esas vacaciones, idénticas a las de siempre, hasta que una noche ventosa en que don Odilón jugaba su "tutte" luego de la comida, en el hotel, doña Estefanía creyó oir ruidos en su casa y con explicable espanto, arrojándose de la cama con la palmatoria temblando en sus manos, se llegó hasta la alcoba de su hijo y con voz aterrada lo llamó una, dos, varias veces. La luz de la bujía al vacilar en las manos de doña Estefanía, apenas si podía disipar la penumbra, impidiéndole ver con claridad. Avanzó no obstante su pavor hasta la cama del muchacho y, ¡oh, sorpresa!, Odiloncito no estaba. Por más que quizo sobreponerse a la impresión, fueron tantas sus preocupaciones, que sin darse cuenta dejó caer la vela que al dar contra el suelo se apagó, justo cuando ella se desmayaba. Cuando doña Estefanía volvió en sí, al abrir los ojos, estaba en los brazos de su hijo que, confuso y aturdido, con voz rota no atinaba a expresarse y tartamudeaba:

—Mamita... no fué nada... el viento tal vez... los gatos...

La madre, aún no repuesta, le acariciaba las mejillas rojas y encendidas:

—¿Tienes fiebre, hijo mío? — le dijo:

—No, mamita...

A los pies de la cama, la Peloso muda y roja hasta la barbilla, bajaba la cabeza avergonzada.

Esa misma noche ocurrió otro episodio de mayor trascendencia por el vuelo y la notoriedad que tuvo en el pueblo. Eran las once, — hora en que doña Estefanía constataba aterrada la ausencia de su hijo de la cama — cuando don Odilón, don Dimas, don Matías y el hotelero, tuvieron que suspender imprevistamente su partida de naipes, ante la intempestiva presencia de la chinita de servicio de los Moncada que, agitada decía desde la puerta en sombras:

—Buenas noches y manda decir la señora que haga el favor de decirle al señor que vaya que se ha enfermado...

Una mirada de estupefacción cambiaron los presentes y don Matías, salvando la situación del momento, le dijo:

—Decile que está bien; que ya iré...

—Gracia y buena noche... — Y salió. Junto con la salida de la chinita, y por sobre el interés de la partida el comentario ganó la atención de los jugadores. Don Odilón estaba preocupado. Don Matías sonreía socarronamente. Don Dimas atusaba su bigote abundoso y, el hotelero nervioso, no encontraba coyuntura para proseguir la partida donde él llevaba ventajas. Así hicieron todas las conjeturas posibles acerca de las andanzas del procurador, cuando se presentó en la puerta pretendiendo ocultar su sobresalto. Don Matías fué el que largó la chuscada:

—¿De dónde salimos con tanta sofocación?

Moncada fué a aplastarse en una silla. Respiró hondamente como descargando su conciencia y articuló penosamente la disculpa:

—Un velorio, señores... un peón de don Cátulo...

Fué el hotelero el que queriendo terminar la incidencia y la partida, le plantó con acrimonía:

Recién se va la sirvienta de su casa... Preguntó por usted.

Moncada dió un respingo y no pudo disimular su desazón; en su frente brillaron algunas gotas de sudor y dijo, visiblemente desmayado:

—No... no gasten bromas...

La pauta de la certidumbre la dió don Dimas:

—¿Bromas? Váyase Moncada... Más bien venga más tarde.

El procurador se despidió con un pegajoso y dolorido: "hasta luego", que fué coreado más que respondido con un potente: "hasta mañana". Don Odilón fué el que agregó intencionado: "si Dios quiere".

Por la acera de la calle de la plaza se oyeron los pasos de Moncada arreando el silencio. Tomó la dirección de su casa, pero por esa propensión que lleva a los delincuentes a volver al sitio donde delinquieron, torció hacia la casa de los Manso, silenciosa y blanca de luna. Desde la acera de enfrente pasó soslayando una mirada. Casi le explota el corazón cuando desde uno de los balcones de lo de Quiroz, una de las solteronas, decíale desde atrás de la persiana con voz suave y fisgona, que era todo un sarcasmo:

—¡Conquistador!

* * *

REGALADA Quiroz confesó para los carnavales pasados tener cuarenta años de edad, pero don Odilón Manso sabía que cuando él vino a Chorrillos hacía veinte, ella ya era "madurita".

En realidad, Regalada era una cincuentona oliveña y rechoncha, cuya reputación de prestigio fincaba, más que nada, en la diligencia con que adunaba la dirección de la conferencia de damas del Divino Rostro, la comisión pro taller para la capi-

LA BLASFEMIA

Por Carlos Vega

(Colaboración especial para CRITICA)

PABLO trabaja en una fundición de hierro. Bajo la amplia techumbre del galpón, tendido en el cuadrado de suelo que le pertenece, el muchacho se aplica a la tarea de conformar en tierra refractaria diversos moldes para piezas de metal. Al día siguiente, cuando los altos hornos suelten sus gruesos chorros de hierro líquido, Pablo se acercará desnudo hasta la cintura, ennegrecido por la tierra, empapado en sudor brillante, bellamente cárdeno bajo los resplandores del metal a tres mil grados, y llenará su cuchara con caldo de hierro. Luego vaciará el líquido en las formas cavadas con arte de niño en las playas y regará después con agua fría los cucuruchos de tierra, en cuya entraña descansará el hierro, dócil en su nueva forma de caño, curva o recipiente.

Pablo es un buen obrero. Trabajo rudo como pocos le cupo en suerte. Hace muchos años que se cocina junto al hierro líquido sin una sola queja. Apenas adolescente, su padre le trajo a la fundición para que trabajara a su lado. Le enseñó pacientemente; resultó un buen fundidor.

Después quedó solo. (Fué aquel día en que el sobrante de hierro líquido y carbón encendido, al caer por la boca inferior del horno, halló en el fondo del pozo algunos decímetros de agua imprudentemente dejada. Y la catástrofe se produjo: el agua, instantáneamente vaporizada, lanzó con espantoso taponazo una andanada de hierro incandescente. ¡Qué precioso espectáculo! Los ámbitos del enorme galpón se llenaron de bólidos y estrellitas, semejando una gran fiesta de fuegos artificiales).

Pablo no renegó de su destino; aceptó la tragedia estoicamente. Serio, como siempre, y mustio, volvió a los dos días con un pañuelo negro al cuello, y reanudó silenciosamente su trabajo.

Anoche Pablo lanzó una bárbara blasfemia. Nadie hubiera supuesto que el pecho del muchacho incubase borrascas. Es que Pablo, aunque embrutecido desde niño en la conformación de la tierra gris, es profundamente sensible al encanto de las mujeres; sufre escozor ante la belleza que pasa, y no sabe hablar, no puede hablar.

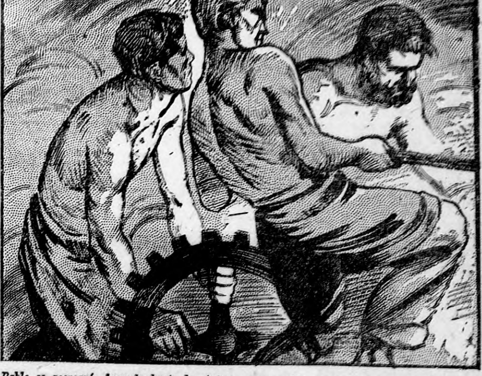
Nunca ha tenido novia; y eso que su aspecto no es desagradable. El es muy pobre, verdad, pero hay muchas chicas humildes — frescas y graciosas, — que acaso le acompañaran en la prevista longitud de una vida inédita, monótona y lenta en la piecita suburbana, espesa de chicuelos sucios.

Pablo no halla el medio, no atina, no sabe, se considera derrotado. Una vasta renuncia preside y mata todos sus intentos reflexivos.

A veces viene a la fundición la hija del dueño. El, pegado al suelo, la ve pasar a su lado con una gran conmoción en las entrañas. El zapatito fino, la media tersa y redonda que sube... Jugando con la tierra, casi alcanza a verle la liga.

La niña saluda siempre festiva; él responde siempre huraño.

Y mientras sus compañeros cambian guiños significativos y acunan proyectos imposibles, Pablo acaricia en secreto con la vista, la huella que el taquito fugitivo ha dejado en la tierra refractaria. Cuando no lo vea, dejará caer en el huequito un poco de hierro líquido... No por la hija del dueño, precisamente, sino por las piernas mórbidas, por las piernas fugitivas de todas las mujeres.



Pablo se acercará, desnudo hasta la cintura, ennegrecido por la tierra, empapado en sudor, brillante, bellamente cárdeno bajo los resplandores del metal a tres mil grados

∴

Lanzó una bárbara blasfemia en el Cine.

Los sábados va al biógrafo del barrio. Le sirven en la pantalla varias artistas divinas, protagonistas de las películas — rostro perfecto, cuerpo perfecto, elegancia suma, piernas memorables. — La mente de Pablo sufre allí orgías penúmbricas.

El último sábado, cuando le llegó el turno a la consabida cinta de cow-boys, Pablo estaba más desolado que de costumbre. La heroína — impronunciable nombre inglés, — era una mujer de rara belleza. Habían transcurrido pocos metros de película cuando se desbocó el caballo que montaba. Por una gran casualidad acertó a pasar por el mismo camino un guapo y valiente vaquero. En el acto el hombre lanza su caballo a la carrera y salva a la mujer en peligro. Son amigos.

Hay no se sabe qué lío de haciendas robadas y el cow-boy descubre a los ladrones. Algunos escapan y, en venganza, le acusan de cierto asesinato. Lo condenan a muerte. Listo el árbol, la soga baja al cuello. Pero la mujer ha obtenido la prueba de la inocencia del amado (pues ya lo ama, naturalmente), y vuela en su caballo. Todos los espectadores creen que llegará tarde. Un cuadro, otro cuadro, muchos cuadros y siempre como un rayo, la bella artista atraviesa el trozo de tela, alada, sobre los caminos limpios, laboriosa en los tramos rocosos, cruelmente lerda en el cruce de los ríos. Y cuando Pablo daba todo por perdido, cuando empezaban a tirar de la cuerda, llega la novia...

Pocos metros después, en el corredor de la estancia, con un divino paisaje de montañas al fondo, el vaquero aparece junto a la heroína, casi en la boca del objetivo, esto es, a gran formato. Se miran. Profundas miradas de amor. Se acercan; un poco más; van a tocarse las caras; ella entreabre los labios y Pablo ve, desorbitado, cómo se aplastan las bocas húmedas...

Una protesta recóndita le explota en las entrañas; clama su sangre, crepitan sus ansias oscuras. Convulsivamente se revela contra su condición de miserable y desheredado; treman sus vigorosos derechos al amor...

¡Lanzó una terrible blasfemia!

Y mientras su grito flameaba en el silencio oscuro, Pablo se echó a la calle anochecida, pobre de luces, amplia y fría bajo un toldo inmenso de azul estrellado.

Ilustró Premiani



A veces viene a la fundición la hija del dueño...

lla y los coros para las misas. Gertrudis, su hermana, un año menor que ella, la ayudaba en todo lo que podía ya que aun no había abandonado totalmente la ilusión de procurarse un marido. Esta ilusión la alentaba cuando por vía comparativa, al lado de su hermana obesa, ganaba muchos años aparentes por su extrema delgadez que le había valido el mote de "Sardina". Lo idéntico y unánime de ambas — en eso no había chorrillense que se contradijese — era la fama de hablatinas que tan bien habían ganado al amparo de su forzada beatitud, ya que eran lejanos los tiempos en que la "Chicharra", así le apodaban a Regalada, anduvo en apuros a causa de sus amores más que patéticos con aquel maestro Cuevas, "que era poeta y que un buen día se marchó con la música a otra parte...". De esto había corrido un cuarto de siglo y si el episodio levantó una atmósfera nada favorable a las dos solteras de hoy, por lo menos ganó la reputación de la "Sardina", que en este punto era invulnerable a costa de tan aleccionadora experiencia. Es así cómo en estos tiempos ellas, convertidas en censoras de la sociedad, no perdonaban el más leve desliz de los chorrillenses que bien a resguardo andaban también de caer en sus garrulerías...

Esa noche, como de costumbre, después de la comida, habían ido a la ventana de la sala a sentarse. La habitación estaba en tinieblas y su presencia para los transeuntes pasaba inadvertida. En la calle la luna desbordaba en claridad y hacia las once, al apagarse los sones de una guitarra rústica que tañía jácaras, el silencio oprimió al pueblo. Fué entonces cuando las beatas, entre persignaciones y rezos, oyeron confuso ruidaje de latas, escombros y duelas. Los perros iniciaron su desesperante sinfonía de ladridos y, casi al mismo tiempo, ante la estupefacción de las solteronas, por el muro del gallinero, entre un cacareo ensordecedor, precipitaba a la acera su voluminosa humanidad el mismísimo Moncada. Gertrudis fué la primera en reconocerlo por el panamá aludo que parecía florecido de nieve a la luz de la luna. Albriciando la noticia daba pequeños saltos de alegría mientras Regalada no salía de su estupor. Esa noche se recogieron más tarde que de costumbre y a la madrugada, mucho antes de que la campana llamara a maitines, se encaminaron a la iglesia. Al cruzar la plaza dieron de boca con la mujer del hotelero. Ambas se precipitaron hacia ella y fué la "Chicharra" la que en medio de una cordialidad afectada le explicaba:

—¡Hay, Teodosia! ¡Lo que uno tiene que ver en esta vida¡

Teodosia, la mujer del hotelero, "por mal nombre la Purgante", era en su rol el amplificador de todo cuanto la "Chicharra" y la "Sardina" hurgaban para luego dar alas a la murmuración. Preguntando alguna nueva de importancia, nerviosamente estrujaba su delantal y con la mirada suplicaba al tiempo que decía:

Contame, hijita, ¿qué es lo que te ha sucedido?

La "Sardina" pugnaba por sacar la cabeza por sobre las espaldas amplias de su hermana, pero ésta la contenía con el brazo, mientras explicaba a Teodosia:

—Ese puerco de procurador...

—¿Moncada?

—El mismo, Teodosio — remataba la "Sardina" desde atrás de la mole de carne.

—¡Contame, hijita!

—Figurate — proseguía la "Chicharra" — que anoche lo vimos descolgándose del gallinero de los Manso...

—¿Del gallinero?

—¡Del gallinero!... Y has de suponerte que no iría ni a robar gallinas, ni por doña Estefanía... ¡Qué Dios me perdone!

—¡Virgen santa!

La "Sardina" pudo al fin salir del atolladero y entonces, libre de la muralla que la contenía, dijo con vehemencia y a grito pelado:

—Es esa Peloso que yo ya la tenía bien catalogada como a una loquita vulgar...

—¿La mosquita muerta? — demandó alelada Teodosia...

—La misma — respondieron a coro las beatas...

—¡Virgen santa!

Así siguieron su coloquio hasta que Teodosia fué a divulgar la nueva entre los pensionistas madrugueros y las solteronas cruzaron a grandes trancos la plaza para darle la "novedad" al padre cura, que andaba tomando los primeros amargos por la vereda de la capilla.

El caso es que ese mediodía, como por arte de magia, en todo Chorrillo se comentaba la noticia y, como sucede en estos casos, al transcurrir el tiempo y al pasar de una a otra persona, la especie cobró el fantástico carácter de un escándalo social.

La tertulia de la botica, esa tarde, costó mucho para constituirse. Al cabo de las ocho recién apareció don Odilón, pretextando una fruslería por su retardo y sin hacer su entrada en solfa. En vano giró la vista en torno suyo, pues que Moncada estaba ese día bien resguardado en su hogar bajo el dominio de su cónyuge, impuesto — que duda había — de la especie que ya todo el pueblo conocía. Don Dimas fué el que tuvo que vérselas con el parlanchín de don Matías, que a esa hora, cabalmente cuando apareció don Odilón, ya había expuesto las mil y una conjeturas por lo acontecido la noche anterior en casa de los Manso.

Así que vió entrar a don Odilón, y después de cambiar el afectuoso saludo de siempre, le enderezó la pregunta:

—¿Qué diablos de cuentos andan molestando a ustedes, amigo Odilón?

A lo que repuso el aludido, confundido, pero indiferente, encogiéndose de hombros:

—¿Que yo sepa? Nada...

Don Matías cambiaba los papeles matamoscas de encima del mostrador y a fe que cumplía bien su papel de indiferente, porque sin dejar de silbar, iba y venía, sin dar mayor importancia a lo que en torno suyo hablablan. Al cabo, dejando el mostrador habló con soltura:

—Buen meneo habrá habido en lo de Moncada...

Don Dimas y don Odilón lo miraron con sorpresa.

—Figúrense que no hace mucho ha venido la chinita por un paquete de algodón y los diarios de hoy...

Bien sabían los participantes a las reuniones diarias de la botica, que eso sólo ocurría cuando doña Petra se andaba remisa en palabras y utilizaba otros medios compulsivos y convicentes, para corregir alguna de las "calaveradas escandalosas del cochino de riojano este", como aiudía doña Petra a su marido cuando los celos le hacían volar los cascos. Don Dimas sonreía con malicia. Don Odilón más alentado, con las palabras de don Matías sintió como que le volvía el alma al cuerpo. Al partir, al filo de las ocho y media, siguió por el camino real rumbo de las quintas. Quería reflexionar bien antes de enderezarle a su mujer toda la culpa de lo que en su casa aconteciera, porque él ya tenía bien experimentado que el hogar donde la mujer domina e impone sus caprichos, no es más que un infierno donde todo termina por darse a los mismos diablos...

∴

DOÑA Estefanía rezaba sus oraciones de la tarde en su aposento, ajena, por el aislamiento que se había impuesto, a todo cuanto en el pueblo ocurría. Esta circunstancia fué aprovechada por la Peloso que atisbaba este momento para salir sigilosamente en dirección al jardín. Odiloncito esperaba desde hacía rato junto a los matorrales que demarcan el patio de frutales, del jardín. Ella fué la que se llegó hasta él y con temor que daba realce a la expresión de su hermoso rostro, le dijo:

—Alma mia. Es preciso que nos vayamos. Al ir al mercado esta mañana he oído toda la infamia en boca de todo el mundo...

—Cálmate, chiquita mia. Te prometo que nos iremos lejos pero, ya sabes: hay que fingir. No me mires siquiera para que mamá no malicie nada...

—Me han llenado de vergüenza... Esa chusma de Moncada, por espiarnos, lo han echado todo a perder.

Se besaron. Por distintas direcciones llegaron a las casas ambos con un secreto cuya posesión habría costado a las solteronas de enfrente, tanto como su honra...

... ...

Eran las once de la noche cuando don Odilón llegaba al zaguán de su casa. Con gran zozobra por su demora estaban adentro doña Estefania, su hijo y la Peloso, cuando sintieron sus pasos en la acera. Trataron de cambiar los gestos sombríos con que habían aguardado al dueño de casa y se plantearon el empeño de disimular sus congojas. Desde el balcón del frente, en lo de las salteronas, se oía un persistente sisco, que hizo enardecer de ira a don Odilón, quien fuera de sí, no pudo dejar de plantarse en el zaguán y decir en voz alta mirando hacia esa dirección:

—¡Cruz diablo!

Y cerró la puerta con estrépito tras de sí sin poder oír una voz que algo respondía desde lo de las beatas.

Al enfrentarse don Odilón con su mujer, sólo se le ocurrió reprocharle, contrariado al ver la mesa tendida:

—¿Por qué no han comido?

—Te esperábamos...

—¡Más te valiera no esperarme nunca!...

Penetró en su aposento y arrojó el sombrero sobre la cama. Detrás de él penetró su mujer, a quien se habían sumado su hijo y la Peloso. Desde la puerta del comedor, abierta sobre el jardín, don Odilón, de espaldas, ordenaba:

—Que se retiren esos jóvenes... Tenemos que hablar a solas...

Y cuando Odiloncito y la Peloso salieron, fué él el que cerró tras ellos la puerta. Y comenzó:

—No se te escapará que en estos momentos estamos rodeados por una atmósfera de escándalo y lo que es más, de ridículo. Hasta hoy tú has impuesto toda tu voluntad en el manejo de la casa. Ya verás donde hemos llegado...

Doña Estefania lloriqueaba en silencio, y ese silencio era el que animaba las fuerzas empeñado en reconquistar sus derechos de mando. Con aplomo y voz grave proseguía:

—Es necesario que sepas la verdad, toda la verdad. Tu criada no es una mujer honesta...

—¿Qué dices, Odilón?

—Lo que has oído... Es demasiado claro todo lo que ha ocurrido con esa bestia de Moncada, — al pronunciar este nombre no pudo evitar un gesto de asqueamiento. — Ahora no hay otra cosa que hacer que desprenderse de esa mujerzuela...

—¡Pero!

—¡No discuto: ordeno! Creo que hemos hablado claro.

Para doña Estefania su esposo acababa de hablar en chino.

Don Odilón tomó su sombrero y dando un portazo se alejó. Por el zaguán se oyeron sus pasos firmes y decididos. Golpeó con el mismo estrépito con que lo hizo a la entrada, el zaguán. Y se perdió por la calle tranquila llevando en el pecho una satisfacción tan grande por haber recuperado en algo su personalidad de hombre de la casa. Eso para él era tan importante como el pensar que algún vecino diligente podría venir una mañana a recibirle con estas glorias:

—¿Saben que han muerto envenenadas sus vecinas de enfrente?

Pensando alegremente, marchaba hacia el hotel a disputar el "tutte" nocheriego.

∴

TRES años habían corrido desde el día en que la Peloso, acompañada por Odiloncito, — ya que "no era cristiano largar a una muchacha sola a la buena de Dios", al decir de doña Estefanía — tomaron el tren rumbo a la capital. Junto con este acontecimiento, la tranquilidad vino a sentar sus reales en la casa de los Manso, acaso por aquello de que las virtudes se llegan con paso de paloma. Además, desde esa fecha, Odiloncito, tras un examen brillantísimo, había ingresado en la Facultad donde cursaría su carrera de abogado. Esta era, al menos, la noticia que Chorrillos aceptaba como exacta y según los cálculos que la familia deducía de la correspondencia del muchacho, ese año finalizaría los cursos.

Pero la realidad era otra. Por anticipado los muchachos habían convenido seguir viviendo juntos una vez llegados a la capital, porque, "tú y yo nos necesitamos", habíale dicho la Peloso; "tú y yo nos queremos", contestóle él.

Desde entonces la vida de la pareja fué una marcha fatalista hacia el derrumbe. Aquella muchachita timorata y sumisa, tras de la cual corriera el procurador Moncada mil peripecias, al sólo objeto de "verla ponerse el camisón de dormir", — esa era en definitiva la realidad que las beatas perversamente tergiversaron en detrimento de la criada —había sabido ganar el blando romanticismo de Odiloncito, al punto de tenerlo pendiente de sus caprichos y a merced de su voluntad. Ella había ganado en él el hueco afectivo que tan a maravilla cumplía su madre; ella era la que fraguaba las cartas llenas de optimismo que hacían extremecer a Chorrillos, dando alas al buenazo de don Odilón en la tertulia de la botica o en la mesa de juego del hotel, al mismo tiempo que avinagraban la vida de las solteronas de Quiróz; ella era la que, iniciada en esa vorágine engañosa y estúpida del lujo, componía las almibaradas solicitaciones de dinero, que los padres atendían a costa, las más de las veces, de grandes sacrificios...

Don Dimas, que llegara a Buenos Aires por aquel tiempo, a operarse de una afección pasajera a la vista, fué una tarde a saludar al muchacho por encargo expreso de don Odilón. No encontró a nadie en la casa. El portero fué el único que pudo darle ciertos detalles, no sin sorpresa para don Dimas, cuando preguntó por el estudiante Manso:

—¿Estudiante?... Que yo sepa... no hay en esta casa. El único hombre que hay es ese que hace como si fuera el marido de la señora que baila en el Casino...

Don Dimas se retiró visiblemente confundido y se puede deducir cuál habrá sido la referencia que, de regreso a Chorrillos, expuso en la tertulia. Claro está que el único que quedó mal parado fué él, porque tanto el hotelero, como don Matías, y el propio Odilón, destruían esas versiones al solo leer las cartas esperanzadas del muchacho. ¡Claro que no eran más que calumnias!

Para los amantes, la situación se agravaba. No sólo hubo de contratarse la Peloso como bailarina de un "dancing" de menor cuantía, a la espera del puesto que hacía tres años esperaba el muchacho sin obtener siquiera una remota perspectiva para costear las más apremiantes necesidades. Había algo mucho más serio y grave: Odiloncito, a instancias de la Peloso, había falsificado la firma del dueño del "dancing" y esa era la hora en que el muchacho era buscado por la policía. La Peloso, al tanto de la gravedad del asunto, por ese aturdimiento que se apodera de las mujeres vedándole soluciones a los trances



La heroína — impronunciable nombre inglés — era una mujer de rara belleza.

duros, sólo atinó a pensar en lo más simple y expeditivo: hacer un telegrama a los padres, en Chorrillos, concebido en estos breves términos: "Odiloncito grave. Vengan en seguida". Y lo firmó: "Un amigo".

.. ..

¡Qué instantes angustiosos y terribles los que vivieron en la casa de los Manso, luego de recibido el telegrama! Todo el vecindario había acudido a llevar, el que menos, el conforto de una buena palabra y de mejores intenciones. Doña Estefanía y don Odilón, disponiendo los últimos detalles para componer sus equipajes, accionaban en medio de una confusión sin nombre. Esa misma noche tomarían el rápido para estar al día siguiente al lado de su hijo, del genio, cuya enfermedad traía tan justificadamente inquietos a los humildes habitantes del modesto pueblo de Chorrillos...

∴

AL bajar del auto, don Odilón y doña Estefanía, enfrentaron al portero que leía "El Correo de Galicia", sin dar mayor importancia a los recién llegados. Tímidamente avanzó don Odilón, musitando la pregunta:

—El señor Manso, ¿vive aquí?

Con insolencia, el portero levantó la vista del periódico y después de observar minuciosamente a sus interlocutores, les repuso:

—Manso... Manso... ¿el marido de la bailarina?

Los esposos cambiaron una mirada de sorpresa y estupor. Dominando su sobresalto, fué don Odilón el que atinó a rectificar al portero, diciéndole con voz pastosa:

—El estudiante dirá Vd...

—Sí, sí, sí... Está preso; ayer lo tomaron aquí mismo... Departamento B, primer piso...

Doña Estefanía se tomó del brazo de su marido para no caer. El portero volvió a engolfarse en la lectura, sin preocuparse para nada de los ancianos que, a duras penas siguieron caminando. Subieron maquinalmente las escaleras, sombríos, silenciosos, y al llegar al rellano, don Odilón llamó a la puerta cuyas referencias obtuvieron. La puerta se abrió y al entrar en el departamento dieron de boca con la Peloso que, aturdida y confusa por la sorpresa que la presencia de los Manso le causara, se llevó las manos a las sienes y no pudo evitar un grito desgarrado.

—¿Tú aquí? — dijóle Odilón avanzando, mientras doña Estefanía le inquiría:

—¿Y mi hijo?

Entre balbuceos, la muchacha, turbia la voz por los sollozos ahogados en su garganta, no pudo ocultar la verdad, y más por confusión que por maldad, decía:

—En la policía... yo no tengo la culpa... en la policía...

A coro, los padres, en el colmo de su horror, preguntaban:

—¿Qué dices?

—¡Fué él el que falsificó el documento!

El llanto veló sus últimas palabras.

Doña Estefanía llevó sus manos al corazón y blandamente, sin palabras, se inclinó sobre un costado. Don Odilón la sostuvo mientras le hacía aire con su sombrero. Una palidez extrema patinó de marfil el rostro demacrado de la buena madre, que así pagaba tributo a su ingenuidad materna que la hizo egoista de todo lo que a la "brillante promesa" se refiriera, al "mariquita" del Colegio, al genio de los Manso, que había dado al traste con todos los sueños que alientan la vida de tanto hogar humilde, del tipo de los Manso, cuya ambición rebasa todo límite y toda tolerancia.

José Ortega y Gasset Habla de la Reforma de la Universidad

INVITADO por la Federación Universitaria Española, José Ortega y Gasset dió el año último, en Madrid, una conferencia pública sobre la reforma de la enseñanza universitaria en todos los países y particularmente en el español. Aquella conferencia, ampliada, ha dado un hermoso librito, que la "Revista de Occidente" ha editado hace pocos días.

No bien llegado a Buenos Aires, el libro de Ortega y Gasset ha sido arrebatado materialmente por los lectores. Todos los libros de Ortega y Gasset se leen con profusión entre nosotros, pero este último con mayor causa, pues trata un problema candente en nuestro país.

Con una franqueza que nunca se elogiará bastante, Ortega y Gasset manifiesta ante los alumnos su esperanza y su deseo de una reforma universitaria, pero también su escepticismo acerca de la posibilidad de que esa reforma se efectúe en España prontamente. ¿Por qué? Porque si los profesores no tienen ya ánimos de renovación, los alumnos no están preparados para ella todavía.

Luego, adentrándose más en el problema, entra el autor a considerar el contenido general que, según él, de llevar la reforma esperada, para que sea proficua y signifique un avance y no un retroceso.

La universidad, viene a decir, es la transmisora de la cultura humana; pero la cultura es cada vez más extensa y, por consiguiente, se hace más arduo transmitirla en una sola vida. Debe, pues, la universidad limitarse, y su limitación empezará precisamente por lo que el siglo XIX había considerado propio de las aulas universitarias: por la especialización.

Lejos de todo lo que a este respecto ha venido diciéndose hasta ahora en general, Ortega y Gasset considera impropia de la universidad la especialización y, fuera de la universidad misma como productora de "barbarie". El prototipo del bárbaro contemporáneo lo encuentra el autor en esos especialistas de laboratorio que ignoran buenamente todo lo que se sale de su especialidad.

No ha de ser, pues, especialista la universidad, sino generalizadora, dotadora de una noción general del mundo, para colocar al hombre en condiciones básicas de emprender cualquier especialidad.



José Ortega y Gasset

Las Nuevas Escuelas Rusas Merecen la Atención Mundial

POCO a poco, todo lo referente a la Rusia de los Soviets está interesando vivamente a los mejores espíritus europeos, especialmente si son jóvenes. Y, cosa curiosa, lo que más suscita el interés no es la nueva economía rusa, aunque en eso cifren los rusos bolcheviques la consistencia de su revolución, sino la nueva enseñanza.

En efecto, los europeos despiertos a las nuevas palpitaciones del mundo, se preocupan especialmente por el ensayo de una nueva educación pública, que los bolcheviques están realizando en su república.

La escuela primaria, la secundaria, la universitaria, la profesional, todos los grados pedagógicos han transformado los rusos, y en todos han puesto en práctica nuevas ideas, posiblemente equivocadas algunas, irrealizables otras, pero todas sugestivas y dignas de atención.

Por eso los europeos dirigen sus miradas a la enseñanza pública rusa. Hay en ella intentos que ni siquiera se sospechaban como posibles hace unos años; y la gente discreta quiere conocerlos.

Para conocimiento de esta nueva enseñanza en la escuela primaria ha escrito, después de haberla conocido directamente, un interesante libro la educadora inglesa Lucy Wilson, que se titula "Las escuelas nuevas rusas", y que ha sido editado en español por la "Revista de Pedagogía", de Madrid.



José V. Stalin

Gente y Paisaje de Tierra Adentro

EL escritor Jacinto A. Figuerero ha publicado una novela, "La montaña y su espectro". Más que una novela, es una galería de cuadros y tipos del noroeste argentino.

Pocas obras, como esta, pueden ostentar un sello tan acentuado de carácter. Las figuras, el paisaje, las escenas, la lengua, todo es en "La montaña y su espectro" un producto fiel de observación directa, de experiencia viva, de penetración y de capacidad artística.

"La montaña y su espectro" nos ofrece en pulcras páginas un vigoroso trozo de la auténtica vida argentina, y la promesa de un novelista de ley.

Los Generales Mueren En La Cama

Novela de CHARLES YALE HARRISON

(Adaptación especial para CRITICA)

MIENTRAS los pobres soldados (hombres y adolescentes del pueblo humilde) sufren en el frente la tragedia más espantosa, torturas mucho más horribles que las de todos los infiernos imaginados, rendidos de cansancio, flácidos de hambre, penetrados por la humedad, roídos por las ratas enormes, entre barro, aguas pantanosas, sabandijas y excrementos, sin poder dormir un minuto tranquilos, temblorosos de miedo, asfixiados por los gases, carbonizados por las llamas líquidas, destrozados por las granadas enemigas y a veces por las propias también, y por todo solaz con el derecho de asesinar a traición a otro hombre a quien no odian, a quien quieren mucho más que a sus propios jefes y oficiales, y la libertad de musitar en los antros que los entierran vivos la cancioncita improvisada ante aquel horror:

Morir no quiero, voy a morir.
Las balas silban, ruge el cañón,
y pronto al frente me harán volver
Llevadme al otro lado del mar
donde esté a salvo del alemán.
Soy aún muy joven para morir
Quiero volver
a mi país...

He aquí la aterradora vida de treinta millones de hombres durante cuatro años, que muchos se empeñan todavía en cantar como vida heroica, como vida gloriosa, pero que, los que no han entregado en ella todo su ser empiezan ya a poner en evidencia todo su espanto. Fueron primero las revelaciones de Barbusse, de Frank, de Latzko, luego las de Remarque y otros, ahora las del canadiense Charles Yale Harrison, cuyo libro "Los generales mueren en la cama", que acaba de ser traducido al español, nos da una visión más reducida, pero quizás más penetrante de aquel infierno de la guerra en que como soldado (como "asesino" dice él) actuó hasta ser herido en plena batalla. Es un libro sublevante.

El lector juzgará por sí mismo con la lectura de algunos pasajes de "Los generales mueren en la cama", que transcribimos, adaptados, en esta página.

Fuego en las trincheras

En la línea alemana suenan estampidos rápidos, penetrantes. Después las cometas de los "Minenwerfer" suben al espacio, describiendo parábolas de luz roja. Son muy bonitas, como los fuegos artificiales que vimos al salir de Montreal. El sargento entra jadeando en nuestra zanja.

—¡Minas! — grita y sale corriendo.

En aquel momento se oye un fragor horrísono, precisamente detrás de nosotros.

La noche silba y fulmina rayos rojos.

La trinchera se bambolea y se tuerce.

Una lluvia espesa de barro y tierra cae sobre nuestras cabezas.

Nos tiramos de bruces, clavando las uñas en la tierra blanda del fondo de la trinchera.

¡Otra!

Esta revienta delante de nuestra zanja, a unos veinte pies de distancia.

Parte del parapeto se hunde.

Nosotros tratamos de horadar la tierra para meternos dentro, como ratas asustadas.

Las explosiones hacen saltar al aire millares de astillas. Siento en mis labios un líquido salado. La fuerza de las detonaciones me hace sangrar por las narices.

De nuestro frente suben señales luminosas pidiendo ayuda a nuestra artillería, explotan en el aire, soltando un chaparrón de luces rojas, blancas y azules que sostiene en lo alto un paracaídas de seda.

El cielo está iluminado por centenares de cohetes fantásticos como en una noche de carnaval.

Zumbidos y explosiones rasgan la atmósfera.

Siguen cayendo granadas.

Yo estoy aterrado. Araño la tierra, hundo mis dedos en cada grieta, en cada agujero que encuentro.

Un relámpago cegador y una detonación estruendosa a pocos pasos de la trinchera.

Mis tripas se liquidan.

Un humo acre se agarra a la garganta, reseca la boca. Mi miedo es sobrenatural. Estoy poseído por un terror loco que me hace estar continuamente agachado en el fondo de la trinchera. Me tiro de bruces y espero...

De pronto todo cesa.

Ahora disparan por elevación, y el fuego pasa sobre nosotros hacia la segunda fila de trincheras.

Seguimos quietos, incapaces de movernos. El miedo nos ha robado la facultad de acción. Cerca de mí oigo a Fry que lloriquea. Andando a gatas llego hasta él con gran esfuerzo. Está medio cubierto de tierra y de escombros. Empezamos a desenterrarle.

A nuestra derecha han comenzado a bombardear las avanzadas. Las granadas caen a media milla. No nos importa. "Nosotros" estamos seguros.

Sin previo aviso empieza de nuevo el bombardeo.

La atmósfera brama y aúlla como una mujer loca.

Ahora nos sacuden de veras. Volvemos a tirarnos de bruces en el fondo de la trinchera y a revolcarnos como salvajes ante este frenesí endemoniado.

Las sacudidas de las explosiones producen efecto de golpes.

Quiero repetir el golpe. Pero no puedo. Mi bayoneta no se desprende. Tiro con todas mis fuerzas. Nada, no sale

Yo caigo al suelo sin aliento.

Me rehago y oigo el bombardeo, que ruge y brama y se encrespa como un mar enfurecido. Tengo una sensación de picor detrás de los ojos.

Una granada aterriza con monstruoso estampido en la zanja de al lado. La confusión me vuelve boca arriba. Veo en el cielo el sereno resplandor de las estrellas. Cae otra en el mismo sitio. Las estrellas giran súbitamente. He sido lanzado al aire y caigo de lado.

Empiezo a rezar.

—Dios mío... Dios mío! ten piedad de mí...

De pronto me acuerdo de que no creo en Dios. Locos pensamientos traspasan mi cerebro. Quiero asirme a algo, a algo que explique esta furia loca, este odio maniático que llueve sobre nuestras cabezas. No encuentro nada que apacigüe mi temor. Sé que a una o dos millas de distancia hay hombres disparando obuses para hacernos migas. Sé esto y nada más.

Una granada estalla junto al parapeto.

Los sacos de arena son acribillados por una granizada de acero. La boca se me llena de barro. Experimento una agradable sensación de frescura.

Súbitamente cesa de nuevo el bombardeo.

Yo aprieto la cara contra la tierra húmeda. Quiero llorar, pero estoy demasiado débil y demasiado conmovido para derramar lágrimas.

Tendidos y callados, esperando...

El camarada tirador

A media milla de nuestra trinchera, oculto en la oquedad de un árbol, se ve un tirador enemigo con su fusil aceitado, perfecto.

Todas las noches le traen su ración tal vez con su poquito de ginebra, pues yo sé que a nuestros tiradores les dan aguardiente.

Más tarde o más temprano, este pobre tirador que nos tiene siempre medio muertos de miedo, será apresado en un avance de nuestras tropas.

Caeremos sobre él a bayonetazos y morirá acribillado como una desventurada rata de trinchera. Saldrá de su escondrijo en cuanto le rodee el primer grupo de soldados que llegue hasta él. Levantará las manos trémulas en alto y murmurará la palabra internacional para implorar compasión y piedad. Gritará "camerade", palabra nacida del sufrimiento y del dolor, pero nosotros le acuchillaremos gritando: "¡Mirad, hemos encontrado un tirador!" Y nuestras caras se endurecerán y nuestros ojos se entornarán de rabia y los soldados se ensañarán estúpidamente en su cuerpo inerte...

Reparto de pan

Estamos de vuelta en el frente.

Se habla de una ofensiva.

Mientras descansábamos nos portábamos como seres humanos: aquí somos simples soldados. Ya sabemos lo que es ser soldado: salvar el pellejo e hincharse la barriga todas las veces que se pueda... Eso y nada más.

"Camaraderie, esprit de corps", compañerismo... buenas palabras para los periodistas, pero no para nosotros. Aquí en el frente no existe.

Luchamos unos contra otros.

Por la mañana llegan las raciones. La comida se extiende en un hule y empieza el reparto. El pan, lo más codiciado de todo, es hoy objeto de nuestra disputa. Cleary lo está repartiendo.

Broadbent sospecha que su pedazo es más chico que el de los demás, y suelta un taco.

Cleary replica.

Visto y no visto, se agarran del cuello como fieras hambrientas.

Se golpean furiosamente con los puños, con los pies. Acudimos a separarlos y los empujamos hacia rincones opuestos del refugio. La cara de Cleary chorrea sangre. Broadbent tiembla de odio, está blando de rabia.

—¡Eres un canalla!

—Cállate, Broadbent. Déjalo.

—¿Quién es aquí el canalla?

—¡Tú!

—Bueno, basta, basta.

—Un hombre que roba a otro el pan...

Vuelven a lanzarse el uno contra el otro. Los separamos otra vez.

Cleary se restaña la sangre que le corre por la cara. Como una fiera, agarra su cacho de pan con ambas manos y se pone a roerlo lentamente.

Clavado en la bayoneta

Doblo el recodo de un corredor subterráneo, la bayoneta por delante, en guardia.

Avanzó cautelosamente.

En un rincón de la crujía se mueve un bulto. Es un alemán. Lo reconozco por el casco.

Lo embisto apuntándole al estómago. Es un movimiento rápido, instintivo. En aquel instante él hace ademán de sacar el revólver.

El golpe me hace vacilar. Una masa pesada choca contra la punta de mi bayoneta.

Sufro un ataque de locura.

Quiero repetir el golpe. Pero no puedo. Mi bayoneta no se desprende. Tiro con todas mis fuerzas. Nada, no sale.

La hoja se ha quedado enganchada entre sus costillas. No puedo arrancarla.

"Tengo un hombre clavado en mi bayoneta", me digo a mí mismo.

De pronto da un grito, un grito lejano, como si lo oyera al despertar de un sueño.

Sus chillidos son cada vez más recios.

Estamos frente a frente, a un paso de distancia.

Sus ojos están dilatados, en blanco, y parece que van a salírsele de las órbitas.

Echa espuma por la boca, que abre y cierra como un pez fuera del agua.

Sus manos agarran el cañón de mi fusil y trata de ayudarme a sacarlo. Yo no sé qué hacer.

El me mira lastimosamente.

Yo apoyo el pie contra su cuerpo y empujo con fuerza. El da un alarido.

Imposible desprenderlo.

Vuelvo a empujarlo con el pie. Inútil.

Sus aullidos me acobardan. Comprendo que me volveré loco si sigo en este agujero...

No puedo aguantar más. De pronto suelto la culata de mi fusil. El se desploma en el rincón de la crujía. Sus manos agarran todavía el cañón. Yo echo a correr por la crujía.

A los pocos pasos llego a un recodo.

Estoy en otro corredor subterráneo, contento de no verle, aturdido.

Entre el fragor del bombardeo creo oir voces. De pronto recuerdo que estoy desarmado. Mi fusil era mi única salvación, y está clavado en aquel cuerpo tendido que trata de arrancárselo.

Siento terror.

Si vienen aquí y me encuentran me acuchillarán, lo mismo que yo a él..., y quizás también en las costillas.

Vuelvo atrás mis pasos, pero no puedo llegar hasta el rincón donde ha caído. Oigo sus gritos pidiendo socorro. Las otras voces se oyen más cerca.

Estoy otra vez en el corredor.

Está apoyado contra el muro. El fusil está en tal posición que no le deja moverse. Cuando me ve levanta la cabeza, que tenía doblada sobre el pecho.

Detrás de nuestra línea, los cañones iluminan el cielo con monstruosas llamaradas rojas. A esta luz fluctuante, el alemán y yo representamos nuestra tragedia.

Yo me agacho a tomar la culata de mi fusil. De nuevo nos encontramos cara a cara. El ase el cañón con un movimiento infantil que parece decir: "No me lo quites, es mío. Yo le separo las manos. Tiro de nuevo.

Mis tirones le desgarran las entrañas.

¡Otra vez los terribles alaridos!

Sujeto bajo el brazo la culata del fusil y me vuelvo tratando de arrancar la bayoneta. No sale.

Pienso que podría desenganchar la bayoneta del fusil. Pero no puedo porque la hoja está hundida hasta el puño y la herida que yo he estado ensanchando brutalmente es ahora un agujero horrendo. No puedo meter allí mi mano.

De pronto comprendo lo que tengo que hacer.

Me vuelvo y tiro de la llave de la recámara. Se oye un tic claro y seco.

El alemán cesa de gritar. Me mira en silencio.

Sabe lo que voy a hacer.

Una luz blanca flota sobre nuestras cabezas. Se le ha caído el casco al suelo. Veo su cara de niño. Parece un sajón: es rubio y, a la luz de los cohetes, veo la pelusa blanquecina que le cubre las mejillas verdosas.

Aprieto el gatillo. Suena un estampido. La hoja de la bayoneta se parte en dos. El alemán cae de una vuelta y queda inmóvil.

Estoy libre.

El lanzallamas

El campo está cubierto de humo gris.

Oigo un silbido prolongado.

¡Sssssssss!

Miro hacia la derecha, de donde viene el sonido. Una llamarada atraviesa la trinchera.

¡Flammenwerfer! Lanzallamas.

En la fila delantera se ve a uno de los asaltantes que lleva un tanque cuadrado atado a la espalda. De una manga que sostiene con la mano, sale un chorro de llamas. Huele a productos químicos.

Broadbent me grita al oído:

—Sacúdele a ese miserable.

Yo agarro mi fusil y empiezo a disparar. Broadbent apunta la ametralladora contra el lanzallamas también. Anderson mira nerviosamente hacia atrás.

—¡Granadas! — le grito.

Y empieza a tirar bombas contra las filas de los asaltantes.

Huele a carne quemada. El olor no es desagradable.

Oigo un grito a mi derecha, pero no puedo volverme a ver quién es.

Seguimos disparando contra el lanzallamas. Broadbent carga de nuevo la ametralladora. Aprieta el gatillo. Sobre el lanzallamas cae una rociada de metralla. Una bala rompe el tanque que lleva a la espalda. Se oye una explosión. El hombre desaparece en una nube de humo y llamas.

A mi derecha arrecian los gritos.

Es Renaud, el adolescente recluta.

Ha sido alcanzado por el lanzallamas.

Sus ropas arden. De uno de sus ojas sale una llama azul. Sus gritos son insoportables.

Se tira al suelo y empieza a revolcarse para apagar el fuego. Pero se le prende la ropa y las llamas le envuelven. Ya no le vemos, pero todavía lo oímos gritar.

Broadbent me mira; luego saca el revólver y descarga tres tiros en la cabeza llameante del recluta.

Sonido de cosa rara

Aquella noche nos relevan y marchamos hacia la retarguardia.

A la mañana siguiente, el general de la división nos pasa revista y nos dirige la palabra. Nos asegura que el general en jefe ha elegido a las tropas canadienses como fuerzas de choque para detener la ofensiva alemana. Vamos a hacer columna volante y allí donde la línea flaquee iremos nosotros a tapar la brecha.

—Espero — concluye — que se portarán para mayor gloria de las armas canadienses.

El término "armas canadienses" nos suena a cosa rara. La mayoría de nosotros somos dependientes, estudiantes, labradores, mecánicos;... pero los jefes de Estado Mayor tienen una manera de hablar muy rara. Para nosotros, esta cuestión de la gloria militar y de las armas significa transportes penosos, reparo de alambrados, ropas húmedas y acurrucarse de miedo en las trincheras en cuanto empiezan a caer granadas. Rígidos, cuadrados, oímos la arenga.

Sin misericordia

Los tanques avanzan delante de nosotros escupiendo llamas.

El aire se aclara un poco.

Medio borradas por el humo, surgen algunas siluetas.

—Ya vienen... — gritamos.

Seguimos avanzando, con los fusiles apoyados en la cadera, medio en guardia.

Las siluetas corren hacia nosotros dando saltos grotescos y con los brazos en alto.

Abrimos fuego. Las figuras caen dando volteretas. Es como tirar al blanco.

Avanzamos.

Se acercan. Son centenares. Están desarmados. Abren las bocas como gritando algo de suma importancia. El fuego de fusilería apaga sus palabras. Sin duda piden clemencia. Nosotros no hacemos caso. Estamos vengando el hundimiento del barco hospital (que luego resultó que llevaba pertrechos de guerra). Seguimos disparando.

El humo lo empaña todo y no es fácil apuntar.

Ya estamos encima de ellos. Sus caras tienen una expresión de asombro. Ahora disparamos a quemarropa.

Las siluetas grises continúan cayendo, una por una. Ya no queda más que un grupo.

Comprenden que están perdidos y gritan. Tan cerca están ahora que, a pesar del fuego, les podemos oír.

Sus chillidos son estridentes. La mayor parte son muchachos jóvenes.

Se tiran dentro de un agujero abierto por una granada. Algunos de los nuestros se acercan al borde y disparan sobre el confuso montón de los alemanes. Del agujero, en forma de embudo, se alzan manos cruzadas, que imploran misericordia. No hay misericordia. Nuestros soldados descargan sus fusiles. A los pocos segundos, en el fondo del embudo no queda más que una masa de carne palpitante. Al pasar junto al hoyo veo que algunos se mueven todavía. Me alejo.

Bajo deslizándome a otro hoyo, grande como un crater. En el fondo hay un hombre acurrucado. Es Broadbent. Una de las piernas cuelga del muslo, por una tira de piel. Broadbent abre los ojos y sonríe. Su cara de dolor suda a chorros. Sus labios se mueven imperceptiblemente. Está hablando. Yo acerco mi cabeza a la suya y escucho.

—No puedo mirarla... Díme, ¿está completamente cortada? — murmura.

Le sostengo la cabeza y le doy a beber de una botella que he encontrado. Está templada el agua. Broadbent bebe.

En el fondo del hoyo hay un gran charco de sangre negra. La pierna, parcialmente amputada, forma con el muslo un ángulo grotesco. De pronto la tira de piel se rompe. La pierna se mueve un poco.

—Díme, ¿ha caído ya?

No puedo responderle.

El charco de sangre se agranda, como si fuese alimentado por una fuente subterránea. Poco a poco va llenando el fondo cónico del agujero. Broadbent está tendido, con la cara torcida, para no ver la pierna.

—...siempre, siempre...; por la noche, ¿sabes? cuando pensaba... esto era lo que me daba más terror... — murmura.

Su cara, de un blanco sucio, se está volviendo verde. Tiene los ojos medio cerrados. Respira penosamente. El silbido de sus profundas inspiraciones es más fuerte que todos los demás sonidos del campo.

Yo me muevo, para cambiar de postura. Sus ojos siguen suplicándome que no le abandone. Yo le tranquilizo.

—¿Está cortada?... Quiero decir, completamente...

—No te muevas — le aconsejo, esquivando su pregunta. Los camilleros llegarán pronto aquí.

El tiempo pasa.

El sol abrasador de agosto va levantándose en el cielo azul. El ruido de la batalla es ahora un rumor sordo. Los insectos del mediodía zumban perezosamente. En un costado del hoyo se ve la abertura de un hormiguero. Las hormigas entran y salen sin cesar. Dos de ellas se esfuerzan en subir una bolita de estiércol. La bola rueda varias veces hacia abajo. Pero las hormigas no cesan en su propósito. Vienen otras en su ayuda y, por fin, la meten por el agujerito negro.

Después de un largo rato, habla Broadbent otra vez:

—Ya sé que no esté separada del todo... Creo que puedo encoger el dedo pulgar. No es posible que esté separada del todo...

Pero la pierna yace inmóvil, junto al charco de sangre. Sin embargo, no se mueve para mirarla.

Su respiración se acelera. Levanta la vista hacia arriba, hacia el globo de fuego que parece estar colgado del cielo. Dos lágrimas ruedan por sus mejillas verdosas.

—Ya lo sé... Me estoy muriendo... y me alegro. No quiero volver... de esta manera.

Con un gesto de indiferencia, alarga la mano hasta el muslo. El sol ilumina su cara.

—Madre —gimotea como un niño,— madre...

Como tantos centenares de hombres que he visto morir, Broadbent muere también lo mismo que un niño: gimiendo, llamando a su madre.

Las lágrimas cesan de correr por su cara. Se queda completamente inmóvil. Ya se oyen cerca las voces de los camilleros.

¿Por qué peleamos?

En los refugios lo único que podemos hacer es hablar. De cuando en cuando, un proyectil de gran calibre pasa zumbando y cae a retaguardia.

—... ya es tiempo de que se acabe esta guerra idiota.

Gruñidos de aprobación.

—... primero les tomamos una trinchera, y luego nos la quitan ellos otra vez. Tome y traiga, tome y traiga. Vamos a terminar en tablas, como un ajedrez.

—...y en fin de cuentas, ¿para qué estamos peleando?...

—Pregúntamelo a mí...

—¿Queremos nosotros pelear?

—Si te duele la barriga, cállate...

—Es una pregunta que te hago.

—Pues, claro que no. Pregúntame algo fácil.

—... los alemanes tampoco quieren pelear, ¿no es cierto?

—... y la mayor parte de los oficiales tampoco...

—Claro.

—... ni los franchutes...

—Claro.

—Bueno, entonces ¿por que diablos peleamos ?

Uno de los soldados empieza a cantar:

Quiero volver a mi país,
Las balas silban, ruge el cañón...

—Bueno, y qué le vamos a hacer.

—Yo creo que los unos y los otros debían decir: "al diablo" y escapar por las trincheras de comunicación...

Esta inusitada proposición es recibida con un silencio general. Después de un rato de meditación, replica una voz:

—Sí, y ¿qué pasaría, entonces, eh?

Otro silencio. Desde un rincón responde una voz:

—Hombre, no seas idieta; pues se acabaría la guerra y nada más.

Cleary cree que la conversación pasa de la raya. Siente la responsabilidad de sus galones de sargento e interviene:

—Bueno, basta..., a callar. Todo lo que hablan no los va a llevar a ninguna parte. No hacen más que quemarse la sangre.

—Bueno, y no les sirve para nada.

Volvemos a quedarnos callados. Al poco rato, la misma voz dice, desde un rincón:

—¡Mi Dios! Figúrense, muchachos, que todos los soldados de un lado y de otro abandonaron las trincheras. ¡La cara que iban a poner los de la policía montada!

Suelta una carcajada y luego añade:

—No caerá esa breva. Si tuviéramos sangre en las venas no estaríamos aquí, por de pronto.

Como en todas las conversaciones serias de las trinceras, nuestra charla parece inútil, y nos ponemos a hablar de cosas más triviales...

Ilustró Premiani

(Reproducido con permiso de la casa Espasa-Calpe, representante de la editorial Cenit).



En la fila delantera se ve a uno de los asaltantes que lleva un tanque cuadrado atado a la espalda. De una manga que sostiene en la mano sale un chorro de llamas



Yo acerco mi cabeza a la suya y escucho.

—No puedo mirarla... Dime, está completamente cortada?

El me mira lastimosamente. Yo apoyo el pie contra su cuerpo y empujo con fuerza



Otro Acosado

por LORENZO STANCHINA

(*Colaboración especial para* CRITICA)

JUAN MARTI, con el sombrero todavía puesto, dió vuelta al pan que estaba boca abajo en la panera. Después, quitóse el sombrero y se sentó en la mesa de aquel restaurante de la calle Victoria, donde almorzaba desde hacía cinco años.

En seguida, con la servilleta repasó los cubiertos, el plato y la copa. Luego puso todo en orden. El tenedor al lado izquierdo del plato, al derecho el cuchillo, la cuchara arriba y arriba de ésta, en el mismo centro, la copa.

Instintivamente, Marti notó que faltaba algo en la mesa. Entre la jarra del agua y la aceitera había un espacio libre que no estaba acostumbrado a verlo. Era el frasco de la mostaza. Se la pidió al mozo, aunque jamás la usaba. De otro modo no hubiera podido comer tranquilo.

Había concluído de tomar la sopa, cuando Marti se apercibió que la mesa de enfrente estaba desocupada. Extrañóse de que aun no hubiera llegado aquel viejo que la ocupaba desde el primer día que comió en ese restaurante.

A pesar de que nunca se dirigieron la palabra, Marti le había cobrado cierto afecto, pues le recordaba a su padre muerto.

En varias ocasiones, Marti lo había mirado con una sonrisa en los labios, con el deseo de trabar amistad. Pero el viejo, turbándose como un niño, rehuía su mirada, clavándola en el plato.

Cuando estaba con buena disposición de ánimo, Marti se entretenía en mortificar de esa manera al viejo. Este juego inocente le causaba un placer delicioso.

Se había hecho miles de suposiciones alrededor de su vida. Una idea, sobre todo, le preocupaba sobremanera. A Marti le hubiera gustado saber si el viejo tenía familia o estaba solo en el mundo. Y esa idea volvió en aquel momento a su imaginación.

Intranquilo, Marti volvía automáticamente la cabeza para mirar a cada persona que entraba en el restaurante. Al rato, con disgusto, se propuso no darse vuelta más.

"Si viene, que venga y si no viene, poco me importa. ¡Ojalá haya reventado!", dijo entre dientes.

Estremecióse al escuchar sus últimas palabras. Y se hizo una serie de suposiciones terribles alrededor de la ausencia del viejo.

Pidió un café y lo dejó a medio tomar. No quería estar toda la tarde nervioso.

Al ver que el viejo no había llegado aún a la una menos cinco, contrariado, tomó el sombrero y se fué.

Cerca de la esquina, se figuró que en aquel momento el viejo debía venir caminando por mitad de la cuadra, en su misma dirección. Se detuvo vacilante, sin saber que hacer. Miró el reloj. Faltaban dos minutos para la una.

Siguió andando, por miedo de llegar tarde a la oficina. Se había alejado diez pasos y se detuvo nuevamente. Una fuerza oculta y más poderosa que su voluntad lo hizo volver. Precipitadamente, con paso rápido, atropellando a los transeuntes, llegó a la esquina opuesta. Marti miraba sólo a las personas que iban por la acera en la que él supuso que venía caminando el viejo.

Cuando pasó por el restaurante, se detuvo en la puerta y echó una mirada circular al interior. Al ver la mesa desocupada, experimentó la misma sensación de disgusto que si al mirar el extracto de la lotería, notase que había perdido por un número el premio mayor.

Durante la tarde, varias veces le vino a la memoria el recuerdo del viejo y por la noche soñó con él.

Marti, por más que se propuso, no pudo recordar aquel sueño. Acordábase claramente haber soñado con el viejo; pero no sabía qué.

Fué en la oficina, donde, de repente, lo recordó. Estaba haciendo una suma, cuando al escribir el número debajo de la columna de las decenas y decir el que se llevaba, le vino a la memoria el sueño que había tenido a la noche.

Marti no pudo menos que reirse al recordar aquel sueño.

Había soñado que el viejo era padre de tres hijas hermosas. Una de ellas, la mayor, estaba perdidamente enamorada de él. Como el padre se oponía a que se casaran, resolvieron fugarse a Europa. Pero pocos momentos antes de partir el vapor, el viejo entró bruscamente al camarote, con un revólver en la mano.

"Ahora comprendo porque quería hacerse mi amigo en el restaurante, canalla. Le permito que la bese por última vez, porque estos son los últimos momentos de vida que le quedan", le dijo el viejo, apuntándole con el revólver.

Y cuando estaba a punto de hacer fuego, apareció de improviso el mozo del restaurante, desarmándolo, al propio tiempo que decía:

"Qué va hacer, hombre. No ve usted que va a matar al cliente que da más propina".

Marti, mordiendo la madera del lápiz, permaneció inmóvil durante largo rato, pensando en el significado que podría tener ese sueño. Lamentó no tener a mano el libro de los sueños, para mirar qué significaba soñar con casamiento, viejo, vapor y revólver.

Con alegría, Marti creyó dar con el significado de aquel absurdo sueño. Una de sus hijas debió casarse y por eso el viejo había faltado ayer al restaurante.

Satisfecho con ese pensamiento, encendió un cigarillo. Al arrojar el fósforo, cayó encima de otro que había en el suelo, formando una cruz.

"¡Muerte!", pensó Marti y en seguida se preguntó: "¿Se habrá muerto el viejo?"

Esta pregunta lo hizo estremecer. Sintió piedad por el viejo y una profunda melancolía invadió su alma.

"¡Qué idiota!", se dijo para consolarse. "Que puede importarte que se haya muerto o no. ¿Es, acaso, algo de tu familia? Ni siquiera conocido. ¡Entonces, que tantas lamentaciones!"

Y se puso a trabajar, con el propósito de ahuyentar sus pensamientos. Hizo una suma. Al terminarla, otra idea acudió para turbarlo.

"Si esta cantidad, dividida por los días que tiene el año, da más o menos la edad que le calculo al viejo, es porque se ha muerto".

Nervioso, con visibles deseos que la prueba le fallase, dividió 21867 por 365. La operación le dió como resultado 61 en el divisor y 2 en el cociente.

Con voz cavernosa leyó en voz alta: "61 años y 2 días".

Luego pensó con tristeza que era la edad que le había calculado al viejo. Ya no existían motivos para dudar: era seguro que se había muerto.

Pensó que a él también le iba a llegar su hora y que no vería más a su mujer, a sus hijos, al jefe, a nadie. Otro empleado ocuparía aquel escritorio, haciendo su mismo trabajo, y a su vez éste luego sería reemplazado por otro, que también iba a morir, porque todos están obligados a cumplir con esa ley de la vida.

"Cuantos de los que yo he visto ayer por la calle se habrán muerto hoy sin que yo lo sepa"—reflexionó Marti. — Algún día otros podrán decir lo mismo de mí.

Igual que el viejo, un mediodía iba a dejar de ir al restaurante. La primera vez, ninguno haría caso de su ausencia; ni el mismo mozo tal vez. Pero a la semana, los que estaban acostumbrados a verlo, notarían su falta, atribuyéndola a causas distintas.

El miserable del patrón, supondríase quizás que se había marchado a otro restaurante donde daban más platos por el mismo precio. Se alegraría, sin duda, de haber perdido a un cliente que no le dejaba beneficios.

La misma satisfacción experimentaría el mozo. Bien ganada tenía la muerte un cliente exigente como él, que sólo le daba diez centavos de propina.

"¡Hipócritas!", dijo entre dientes, y después pensó: "Tantas sonrisitas y luego te envenenarían si les fuera posible".

Cuando dieron las seis, Marti tomó precipitadamente el sombrero y salió corriendo a la calle. Ni siquiera se lavó las manos.

Para ir más de prisa y no tropezar con la gente, fué por el medio de la calle, haciendo toda suerte de piruetas para no ser atropellado por un automóvil. Las cuatro cuadras que lo separaban del restaurante las hizo con el mismo estado de ánimo de una persona que se dirige al hospital, donde están operando a un miembro de la familia.

Le permito que la bese por última vez, estos son los últimos momentos de vida que le quedan

Cuando llegó al restaurante el patrón estaba parado en la puerta. Lo saludó con su sonrisa amistosa de siempre. Marti le contestó secamente. Y lo miró con una mirada significativa, como dándole a entender que conocía sus pensamientos.

Con el mozo obró de idéntica manera. "Hoy sudarás los diez centavos de propina que te voy a dar", pensó Marti, sin contestar al "buenos días" del mozo.

Le satisfizo mucho al darse cuenta que no había respondido a su saludo. "A esta clase de gente hay que tratarla así para que lo respeten. Uno los trata con bondad y ellos lo confunden como a iguales. Desde hoy no oirás más: mozo, haga el favor de traerme esto o aquello. Sino: mozo, traiga esto, traiga aquello. De una manera enérgica, imperativa y a gritos si es posible; lo mismo que si uno se dirigiese a un animal".

De acuerdo a sus nuevos pensamientos, llamó al mozo con un grito:

—¡Mozo!

No le gustó el tono de voz empleado. Era todavía débil, como suplicante. Le faltaba esa seguridad de voz que le hacía imperativo. Como el mozo no vino, aprovechó para ensayar otra vez.

—¡Mozo! — gritó.

Esta vez le agradó algo más, aunque convino que no era todavía lo suficiente enérgica. Aun parecía que rogaba, en vez de exigir; pues para eso pagaba.

—Traigame sopa.

Dejó que el mozo se alejara unos pasos y volvió a llamarlo.

Como el mozo no le hizo caso, con rabia, gritó con más fuerza.

¡Mozo!

Muchas de las personas que estaban comiendo, se dieron vuelta para mirarlo.

—En vez de sopa traiga pescado.

Sintió un placer infantil en ese ir y venir de más que le hizo hacer al mozo y repitióse mentalmente las palabras que dijo al sentarse.

"Hoy sudarás los diez centavos de propina que te voy a dar".

Pero de pronto, Marti se quedó absorto, con la vista agarrada por el borde de la copa que había en la mesa de enfrente. Acordóse turbiamente del viejo. También se acordó que él, él...

El, ¿qué? Olvidóse de lo que estaba pensando. Su espíritu quedóse vacío durante varios segundos. Después, como si recordara una cosa pensada en su infancia, se acordó otra vez del viejo, primero borrosamente y luego con más claridad y precisión a medida que transcurrían los segundos.

"Pobre hombre", dijo en voz baja.

Estas palabras que pronunció inconscientemente lo quitaron del sopor en que se hallaba sumido. En un solo pensamiento abarcó todas las reflexiones que tuvo durante la mañana.

Repentinamente llamó al mozo y le pidió un diario. Lleno de miedo, lo abrió en la página de los avisos fúnebres. No encontró lo que buscaba.

Había dejado el diario, cuando Marti se preguntó qué nombre había buscado. No supo decírselo, porque ¿cómo iba a saberlo si desconocía el nombre del viejo?

Pensó que el patrón debía saberlo. Lo buscó con la mirada para llamarlo; pero Marti, de súbito, se quedó paralizado por el terror.

Allí, frente a él, en la mesa que ocupaba siempre, estaba el cadáver del viejo. Tenía la mitad del rostro comido por los gusanos y en los huesos que quedaban al descubierto había pedazos de carne tumefacta y violácea. La concavidad de uno de los ojos era un nido de gusanos. El cuero cabelludo era una masa purulenta y viscosa, lleno de agujeros, como si hubiese sido picoteado por una banda de cuervos hambrientos. Los labios, comidos, dejaban ver las encías sin dientes, y del mentón pendía un pedazo de grasa amarillenta y rancia.

El cuerpo de Marti se sacudió como si hubiera sentido bajo su cuello el frío helado de una navaja. Sólo atinó a cerrar los ojos para no seguir mirando aquella visión horrorosa. Pero cuanto más apretaba los ojos más clara y nítidamente la veía. Quiso levantarse para escapar de allí; pero no pudo. Le pareció que le faltaban las piernas y otro tanto le ocurrió con los brazos, cuando intentó de buscar apoyo en ellos.

Marti llegó a creer que debajo de sus ropas no había nada; que su cuerpo habíase esfumado y que solamente tenía la cabeza: tal era la sensación de alivio que experimentaba.

Comenzó a pensar que así debía ser el vacío de la muer...

Pero no pudo terminar su pensamiento.

Ilustró Premiani

Amores de Gente Célebre



DANTE

El más grande poeta de la cristiandad en la Edad Media, nacido en 1265 y muerto en 1321; a su genial inspiración como poeta, unía el saber más vasto que era posible en su época, y con lo uno y con lo otro produjo esos inmortales libros que se llaman "La vida nueva" "El Convivio" y "La Divina Comedia"; habiendo escrito, además, por primera vez, en la lengua vulgar de su patria (pues antes de él los italianos cultos sólo escribían en latín) creó verdaderamente el idioma italiano. Fué asimismo político de señalada figuración. Su nombre es Ducante degli Aldighieri, por abreviación Dante Alighieri.

Tenia Dante nueve años cuando conoció a Beatriz Pertinari, hija de su vecino Folco Pertinari, en Florencia. Beatriz contaba escasamente ocho años, y la conoció con ocasión de una fiesta que en casa de los padres de ella se celebraba. Y desde que la conoció la amó, glorificándola en su obra después de muerta.

Según Boccaccio, Beatriz "era una niña encantadora y graciosa, y de seductores modales. Sus bellas facciones pintaban la dulzura, y sus palabras anunciaban en ella pensamientos superiores a lo que su edad comportaba. Tan amable era esta niña, y a la vez tan modesta, que muchos la tomaban por un ángel. Esta linda muchacha — continúa Boccaccio, — tal cual la he descrito, o más bien, con una hermosura que excede toda descripción, estaba presente en la fiesta. Por muy niño que fuese Dante, que apenas contaba nueve años, aquella imagen se grabó de pronto y tan profundamente en su corazón, que desde aquel día hasta el de su muerte jamás pudo borrársele. ¿Era acaso un lazo misterioso y simpático entre dos corazones, y una especial influencia del cielo, o era más bien, como algunas veces la experiencia nos lo demuestra, que, en medio de la armonía de la música y de la alegría del bullicio, dos corazones juveniles fácilmente se inflaman y se encuentran en un común afecto? ¡Qué nos importa! Lo cierto es que Dante, en edad tan temprana, quedó sumiso esclavo del amor, y los progresos de la edad no hicieron más que acrecentar su llama, tanto, que ni hallaba placer ni consuelo sino en estar al lado de la que amaba, en contemplar su hermoso semblante, y en beber la alegría de sus ojos".

Habiasele muerto a Dante hacia poco el padre; no mucho después, se le murió la madre. Iniciado en el aprendizaje de las letras, empezó a componer versos dedicados a Beatriz. Eran versos puros, santos, como lo que todo el amor que con esta criatura tuvo. Parecia que, corriendo el tiempo, habia de concluir uniéndose a la que amaba, pues también ella se sentia afecta a él; pero, sin que se sepa por qué, al alcanzar él los veintidós años, Beatriz, que iba por los veintiuno, se casó con otro, un tal Simón de Bardi, y a los tres años de casada, falleció.

Contra lo que se podría suponer, no se sintió despechado Dante con la preferencia dada por Beatriz a otro hombre, o si se sintió, supo disimularlo en toda su obra. Para él, Beatriz, después de casada y después de muerta, siguió siendo la amada única y pura, y al verla arrebatada de este mundo sintió tan profundo dolor que sus amigos creyeron concluiría en la locura o en la muerte. Escribió una carta dirigida a los principes y reyes de la tierra, en la que les comunicaba su desesperación por tan irreparable pérdida.

Pero la desesperación tiene un límite, que es el trastorno, la muerte o la serenidad. Dante, en su desesperación, llegó a lo último, y ya supremamente sereno, se entregó a los estudios más arduos, "prometiéndose a sí mismo no hablar más de aquella alma bendita hasta que pudiera hacerlo más dignamente".

Poco más tarde, en efecto, escribe "La vita nuova", libro en el que relata acongojado su pasión por Beatriz. Sin embargo, todavia no habia de ser ésta la obra literaria suya en que Beatriz quedaría glorificada para siempre.

En 1292, es decir, teniendo veintisiete años, se casa con Madonna Gemma, de la familia de los Donati, también vecina de su casa en Florencia. Aunque con esta mujer tuvo siete hijos, no llegó a hacer un matrimonio feliz; primero, porque, estando presente siempre en su espiritu la otra, no sentia verdadera pasión por ésta, y segundo, porque suscitada en Florencia la terrible lucha entre los Negros y Blancos en que se habia dividido el partido Güelfo, a que pertenecia Dante, la familia de su esposa se colocó en contra de él y lo obligó a andar errante fuera de la patria, y solo. De los siete hijos de esta desdichada unión, uno era mujer y Dante le puso por nombre Beatriz.

Estando, pues, fuera de Florencia y cuando frisaba en los treinta y cinco años, empezó a escribir su "Commedia", que, por haber parecido tan maravillosa cuando fué conocida, obtuvo el calificativo de "Divina", y es el que ya llevó eternamente. En esta obra es en la que Dante glorifica "dignamente", como se lo propuso, a su amada ideal, la primera y la última que tuvo.

Como se sabe, "La Divina Comedia" está dividida en tres cantos: Infierno, Purgatorio y Paraíso. Dante entra en el Infierno acompañado de Virgilio, que Beatriz, desde el Paraíso, donde mora, le envía para que lo guíe; describe lo que allí ve, y pasa al Purgatorio, siempre con su acompañante; luego de describir también lo que en el Purgatorio contempla, se acerca al Paraíso; en la puerta, Virgilio se despide de él, porque, siendo pagano, no habia recibido el bautismo, y no podia entrar en la región celestial; entra, pues, solo Dante y allí vuelve a encontrarse con Beatriz, lo que para él significa haber alcanzado el término de su viaje y el estado de gracia divina, pues Beatriz le sirve de introductora en el cielo y le lleva ante la reina de los santos, la Virgen María.

Después de publicada esta obra y algunas otras inferiores, y sin haber regresado a Florencia, muere en Ravenna a los cincuenta y seis años de edad.

Ilustraron Bernabé y Guida

Lucilio

Caboclo, Papagayo Real

(Viene de la página 2)

de cuentas, con el destino extraviado.

Comprendí muchas otras cosas. Conocí la soledad y el hambre, soledad y hambre que se desconocen en la selva. En el Matto Groso, atravesando ríos correntosos y bosques de malezas en donde viven los animales condenados, las víboras, las enormes culebras, los moscardones venenosos, nos instalamos al fin en una especie de campamento. Allí encontramos otros hombres, del color de la tierra, con ojos de locura. Desde la casucha de ramas secas en donde dormía el cabañero, yo podía ver, durante el día, la búsqueda angustiosa de esos seres errantes y miserables. El agua corría entre las piedras y la maleza. ¡Diamantes! ¡Diamantes! ¡Oro! ¡Oro! Cuando alguien, alguno de esos desgraciados, descubría un diamante en su tamiz o una pepita de oro, el odio y la desconfianza se desataban en el campamento, en leguas y leguas de calor, de soledad y de maleza.

El padre de Myrta fué feliz en su búsqueda. Venía escondiendo bajo tierra los frutos de sus andanzas. Pero cierto amanecer fué fatal para él. Yo ví cómo un compañero suyo llegó arrastrándose, con un puñal en la boca, hasta su jergón. Cuando estuvo cerca, el hombre tomó rápidamente el puñal y se lo clavó en el pecho. El padre de Myrta quejóse débilmente, echando sangre por la boca y quedó rígido. Quise mover las alas, gritar y un manotón del hombre me hizo caer sobre los pies del muerto. Y pude ver cómo, con las uñas, aquél comenzó a escarbar la tierra. Cuando encontró el oro amontonado lo guardó entre sus ropas, desapareciendo.

X

Como mi plumaje llamaba la atención y yo era considerado un bicho excepcional, pasé de mano en mano, a cambio de dinero. Cierta vez llegaron al campamento de los buscadores de oro unos individuos raros, que hicieron muchas preguntas y tomaron apuntes y fotografías.

Con ellos venía un hombrecito repugnante, viejo, flaco, de nariz de águila, con lentes de carey y manos huesudas y alargadas. Al verme, sonrió satisfecho y tomándome con cuidado comenzó a observarme:

—Es el curioso ejemplar que yo andaba buscando, un papagayo real. Bonito ejemplar. Hermosos colores. Tiene algunas lastimaduras. ¿De quién es este papagayo?

Mi nuevo dueño se adelantó:

Lo compré en treinta pesos — dijo — (Lo cual era una miserable mentira).

El hombrecito flaco y repugnante sacó una cartera de cuero y extendiendo al buscador tres libras esterlinas, sin decir una palabra, me llevó consigo.

Sé que anduvo mucho tiempo junto con los otros exploradores. Yo iba en un cajón, sin aire, hambriento y preguntándome qué sería de mí. Llegamos al mar. Cuando me sacaron del cajón me encontré en una especie de habitación, en donde se agitaban otros bichos: una enorme tortuga amazonense, una larga y fina víbora, dentro de un frasco, un pequeño mono de Bahía (que me amargó la vida durante el viaje) y, en una enorme caja de vidrio, algunos espléndidos ejemplares de mariposas y otros bicharracos. Pasé seis días allí. Todas las mañanas el viejecito repugnante y flaco venía a hacernos una visita. Nos mataba de hambre. Yo ni probaba el miserable plato de maíz y garbanzos que me acercaban.

Una mañana fuimos transportados a la cubierta del barco, donde nos hicieron posar para los fotógrafos junto al viejecito flaco y repugnante. La ceremonia me pareció perfectamente ridícula.

—¿De dónde trae esos animales, señor profesor? — preguntó un repórter.

El señor profesor, o sea el viejecito flaco y repugnante, pronunció en seguida una conferencia sobre el interior del Brasil, sobre nuestras características, sobre otras cosas de escasísimo interés, por lo cual fué muy felicitado.

XI

En otra ceremonia igualmente ridícula fuí entregado al director del Jardín Zoológico de Buenos Aires y metido en una gran jaula de alambre tejido. El guardián que me introdujo en ella no tuvo reparo en arrojarme con cierta violencia. Bebí ávidamente de un cubo y comí un montón de porquerías que el hambre me hizo hallar sabrosas. Al rato llegó un señor que colocó un pequeño cartel frente a mi nueva morada. Supe después que se trataba de mi nombre, otro nombre que me habían puesto.

¡Oh, Ytacaramby, qué lejos! ¡Qué lejos están las fiestas de los excelentes y honrados Enanitos del Bosque! ¿Dónde andará mi amigo Martín Pescador? Mirta, el cabañero, los buscadores de oro... El corral de los Animalitos Domésticos. Toda mi pasada y aventurera vida de papagayo infeliz desfiló en pocos segundos por mi memoria atormentada. El recuerdo que más me conmovió fué el de ese rayo de sol que penetraba por la ventana de la cabaña proyectando en la colcha un círculo de oro. El aire, con los perfumes del bosque. Con los ruidos del bosque. Con el olor de la tierra y del agua. Y Mirta, silenciosa, con la cabecita rubia caída a un costado, sobre la almohada, como si durmiera. Y las Voces del Bosque, que decían:

—Ha muerto una niña virgen y nosotros sabemos su nombre.

Yo sabía que estaba muerta, muerta.

Porque yo, hijo de la selva, había oído esa misma tarde las Voces del Bosque, que jamás se equivocan.

Y en medio de esa confusión de recuerdos volví a escuchar, claramente, a mi amigo Martín Pescador:

—Dios nos ha puesto sobre la tierra...

—Para nosotros la vida salvaje y libre...

—En manos de los hombres perdemos...

—Prefiero la muerte, a adaptarme a la vida del Corral de los Animalitos Domésticos.

Pero mucho, mucho peor es la vida del Jardín Zoológico, como comprobé a las dos horas de hallarme en él, expuesto a la gente, como una fiera."

Poco tiempo estuvo el papagayo en su jaula del Jardín Zoológico de Buenos Aires. A los dos meses empezó a rechazar la comida. Enfermó. Sus alas caídas daban pena y sus ojos, que habían sido redondos y brillantes, estaban rojos y semicerrados. Se pasaba las horas sobre la alcándara, sin moverse, como dormido, como si no existiera el mundo para él, la pobre realidad exterior de su mundo actual. Hasta que un día, como todo termina, como todo se acaba, se acabó la vida de Caboclo, papagayo real.

Ilustró Premiani

Raúl González Tuñón

Acaba de Aparecer

La Real Academia Entra por el Aro

NO cabe duda de que la Real Academia Española de la Lengua ha advertido al fin las observaciones generales que de toda España e Hispanoamérica venían haciéndosele y se ha resuelto a modernizarse, que es, en concreto, lo que se le pedía. No era de esperar menos de la elección de Ramón Menéndez Pidal para la presidencia de la corporación.

A la edición de 1925 del Diccionario, totalmente renovada (aunque no perfecta aún ni mucho menos, claro está) sucede ahora el intento de poner verdaderamente al día la Gramática y sus derivados, a saber: el Compendio, el Epítome de Analogía y Sintaxis y el Prontuario de Ortografía, vetustos monumentos hasta hace poco.

La Academia ha encargado ya a la editorial Espasa-Calpe (editora asimismo de la última edición del Diccionario) la impresión y publicación de aquellas obras, con miras a que se difundan por Hispanoamérica más de lo que han estado hasta el presente.

"La Alcancía de Barro"

"LA alcancía de barro", de Antonio Monti, no es el libro de todos los días. Hay en él un poeta de verdad, quizá poco pulido, pero muy fuerte.

Monti no tiene preferencias por un tema u otro, ni siquiera por un radio de temas. Todos los trata con soltura y sentimiento. Es notorio, empero, su mayor acierto en los asuntos ciudadanos, triviales y diarios del vivir. Ahí su observación se ejercita certera, y su canto cobra acentos emocionantes.

A. Herrero Mayor Escribe Sobre el Idioma

EN un menudo y jugoso libro que el autor, algo enfáticamente, titula "Artesanía y Prevaricación del Castellano", agita el profesor Avelino Herrero Mayor el eterno problema de la propiedad y la pureza del idioma, refiriéndose especialmente al idioma castellano y, más especialm te aún, al castellano de la Argentina.

La doctrina del autor es, en esencia, esta: el idioma debe evolucionar, pero no corromperse. Buena doctrina. No hay en verdad nada que oponerle. Se trata ahora de proporcionar los medios de la evolución sin la corrupción. A ello, sólo puede conducir una adecuada enseñanza, en las aulas escolares y fuera de ellas, en la calle y en el hogar, en el libro y en el periodismo.



GRIPE

La rápida acción del GENIOL contra la Gripe se completa, añadiendo unas gotas de "Limón" al agua con que se toma.

Geniol
QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR

EL TUBO DE 20 DOSIS



El GENIOL corta la fiebre, disuelve los venenos gripales, entona el organismo y produce un pronto y saludable restablecimiento.

Geniol
QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR

$ 1.30